



Doctor Who en  
UN ENEMIGO DE  
MIL FORMAS

Elmer Ruddenskjrik



Este relato está dedicado a Fran, Luis y Ada, mis amiguitos de Alicante

Y ahora... que comience la función.

Doctor Who  
en  
UN ENEMIGO DE MIL FORMAS  
*por Elmer Ruddenskjrik*

—¡Ey! ¿A dónde os llevo? —preguntó el Doctor apoyándose sobre el hexágono de controles de la Tardis y volviéndose a mirar a sus invitados con un estafalario juego de pies. Abrió los brazos hacia ellos, enarcando sus finas cejas y sonriendo exultante—. ¡Tenemos todo el tiempo y el espacio ante nosotros!

Fran, que acababa de entrar justo por detrás de Ada, miraba a su alrededor con turbación.

—¡Vaya, es más grande por...!

—¿...dentro? ¡Sí, lo sé! Lo oigo mucho... —le interrumpió el Doctor, con una caída de ojos de suficiencia, apoyándose con los codos, de espaldas, en la mesa de control.

—Conociendo a estos dos, no me extrañaría que te pidieran ir a Barcelona... —dijo Ada con socarronería. Ella se había empeñado en ir a buscar a sus dos amigos tras llevar dos semanas de aventuras con el Doctor. Se moría de ganas de que descubrieran siquiera la mitad de las maravillas de las que había sido testigo a bordo de la Tardis.

—¡Barcelona es una gran elección! Pero... —el Doctor ya estaba correteando alrededor de los controles sin dejar de manipularlos con frenetismo y precisión, mientras hablaba—, ¿el planeta o la ciudad?

—¿Existe un planeta llamado Barcelona? —quiso saber Luis, con un tono incrédulo.

Acababa de cerrar con cuidado la puerta al entrar, y miraba con algo de inquietud la imposiblemente amplia estancia que se abría dentro de la estrecha y anacrónica cabina de policía británica. El tono cobrizo, anaranjado, los sinuosos orificios con esferas brillantes en paredes y techo (que parecían vacíos y fríos ojos alienígenas), y los tubos, cables y luces (de ignota función todos ellos) formaban en su mente la idea de que se encontraba dentro de la sala de espera de un laboratorio de vivisección humana. Se le antojaba un desagradable presagio de lo que pudiera suceder en adelante, pero, por Ada, no dijo nada. Intentó disimular su nerviosismo dándose un aire curioso.

—¿Alguien ha dicho “planeta Barcelona”? —preguntó muy rápido el Doctor, terminando de dar una vuelta y media a la mesa de los extravagantes controles (tirando de unos resortes aquí y empujando otros allá, pulsando unas teclas por un lado y retorciendo manivelas por el otro), para al final detenerse con la mano izquierda sobre una gran palanca muy parecida a aquellas que activaban las antiguas sillas eléctricas. Levantó su otra mano como si fuera una estrella del rock a punto de ponerse a tocar el solo de su vida—. No se hable más, pues. Planeta Barcelona... ¡Allá vamos!

El Doctor tiró con energía de la palanca hacia sí, hasta abatirla por completo hacia abajo. La estancia empezó a sacudirse con cierta violencia hacia uno y otro lado, mientras un poderoso sonido ondulante, combinación de un rumor grave y un espantoso aullido agudo y metálico, aturdía los tímpanos de los recién llegados. Fran fue capaz de agarrarse al respaldo

de la silla marrón más cercana a la mesa de los controles, mientras que Luis había conseguido sujetarse a tiempo a la barra pasamanos que bajaba ante la puerta de entrada acompañando un corto tramo de escaleras. El Doctor empuñaba entusiasmado la palanca con la que había hecho despegar la Tardis, y Ada, junto a él, agarrada a su brazo izquierdo, miraba emocionada el extraño y gran instrumento de cristal que, dentro del gran cilindro transparente que se izaba en el centro de la maquinaria, bombeaba arriba y abajo, al son de aquellos extraños quejidos mecánicos.

Mientras tanto, desde fuera, la cabina azul empezó a desvanecerse, desmaterializándose en mitad de aquella solitaria pista de patinaje (desierta por la hora, las ocho y veintidós minutos de la tarde de un martes) de aquel parque de la ciudad de Alicante, de manera tan tenue que más bien parecía estar haciéndose invisible. Al instante reapareció, como succionada con violencia, en mitad de un torrente tubular de bruma azulada y tempestuosa. Por todos lados, poderosos relámpagos salían despedidos desde las profundidades nubosas que formaban el vórtice espacio-temporal, dispersándose alrededor de la máquina totalmente inofensivos, pese a alcanzarla y hacerla girar en complicados remolinos.

Dentro de la Tardis no se sentía ninguno de estos fenómenos, y tras la sacudida del despegue todos pudieron recuperar enseguida el equilibrio. Ada, acostumbrada a los sonidos y movimientos, se soltó del brazo del Doctor para demostrar a sus amigos que no había peligro.

—¡Madre mía! —exclamó mientras pasaba junto a Fran, dándole un par de palmadas en la espalda, y siguiendo directa hacia Luis—. Parece mentira, las caras que me lleváis. ¡Vosotros, que os pasáis la vida leyendo cómics y viendo series de ciencia-ficción!

—Bueno, es que una cosa es la fantasía y otra estar aquí... ¡viviendo esto! —dijo Fran, sin dejar de mirar a su alrededor, tentado de empezar a pulsar botones para ver si de alguno de aquellos grifos saldría café con leche...

—De momento no hay más que hacer —empezó a hablar el Doctor, cogiendo a Fran de los hombros y tirando de él un poco hacia atrás, como haciendo ver que no debía ocurrírsele tocar nada—. No queda más que esperar... Bueno, ¿a alguien le apetece un té o unos palitos de pescado con natillas? Yo tengo hambre, ¿alguien tiene hambre?

—¿Palitos de pescado con natillas? —susurró Luis a Ada, dejándose llevar de su mano hacia el centro de la Tardis—. ¿Qué dice este tío?

—Este tío no, el Doctor —le corrigió ella.

—Doctor... ¿Doctor qué?

—Doctor a secas, amiguito de Ada —contestó el Señor Del Tiempo. Se volvieron a mirarle. Su gesto era de suficiencia y de cierta expectación, mientras daba lentos pasos hacia una de las galerías que se perdían hacia quién sabía dónde. Dio una sonora palmada y le señaló con un dedo, mostrando un exacerbado entusiasmo—. ¿Qué va a ser? ¿Café? ¿Té? ¿Quizá una horchata? Sé que eso os va mucho a los de Alicante, ¿no? ¿Acompañada de una tostada con aceite y tomate o prefieres probar mis palitos de pescado con natillas?

—Tengo por norma no comerme el palito de nadie... —declinó Luis con cierto humor. Ada le sacudió un codazo en el costado.

—¡No! No castigues a nuestro invitado. Me gustan las bromas audaces, ¡sí señor! —le defendió el anfitrión—. Traeré un poco de todo, y ya elegís vosotros. La Tardis dispone de una cocina automatizada que resulta muy eficiente replicando las recetas de los alimentos de la Tierra, ¡ya veréis!

En ese momento, antes de que acabara de irse tras darse la vuelta, el lúgubre tañer de una campana se dejó oír desde un lugar indeterminado. En realidad parecía sonar desde todos lados al mismo tiempo. El Doctor se detuvo en seco y se volvió muy despacio, mirando a su alrededor y dejando al final caer la mirada sobre Ada y cada uno de sus amigos.

—¿Qué es eso? —preguntó Fran, mirando la mesa de los controles, como si esperara encontrar el mando que detendría el ruido.

—¡Es el claustro! ¿Verdad Doctor? La campana del claustro. Algo va a pasar. ¡O alguien está en apuros! —explicó Ada, mirando al Doctor con una expresión emocionada.

—Bueno... no sé si sería buena idea meter a tus recién llegados amigos en una de nuestras inesperadas aventuras...

—¿¿Qué?! Pero alguien estará pidiendo ayuda, ¿no? Deberíamos al menos ver qué es lo que pasa, ¿no?

El Doctor dio una fuerte palmada y señaló hacia Ada mientras empezaba a caminar de regreso hacia el centro de la Tardis.

—¡Ese es el espíritu! Solo era una prueba, nada más que eso... ¡y la has superado! —dijo muy rápido, llegando a los controles y empezando a manipular varios, hasta ponerse delante de un monitor que parecía funcionar a base de tubo de rayos catódicos—. Sin duda se trata de una llamada, pero no pidiendo ayuda... Parece más bien... Una advertencia.

En el monitor empezaron a visualizarse varias ondas senoidales descoordinadas que el Doctor parecía afanarse en manipular con los mandos de sintonización. Las señales fueron uniéndose poco a poco en una sola, y un rumor de estática distorsionada acompañó la aparición de una voz desesperada.

—¡... y los tiene a todos! ¡No sé qué es, nadie sabe qué es! ¡Me he encerrado en la sala de disrupción cuántica! ¡Me espera afuera! Si alguien escucha esto, ¡volatilicen la nave, vuélenla en pedazos! ¡Esta cosa no debe...!

La voz se volvió a interrumpir entre estática y el Doctor parecía no ser capaz de recuperarla.

—Era la voz de una mujer —expresó Luis con cierta preocupación.

—En realidad de una hembra de otra especie. Los ciliados, los llamo yo. Una raza antigua, tanto como la de los Señores Del Tiempo. Nunca habían establecido contacto con otras razas, su proliferación se había desarrollado a lo largo del exterior del disco de la Vía Láctea, como la llamáis vosotros —el Doctor hizo girar su mano izquierda en un gesto circular de leve condescendencia, mientras seguía operando el monitor—. Por un amplio segmento en el extremo diametralmente opuesto en la galaxia al de mi mundo de origen, Gallifrey.

—Si son de otra raza, ¿cómo es que esa voz habla en español? —insistió Luis, confundido y escéptico.

—Es la Tardis, Luis. Traduce automáticamente los idiomas civilizados...

—¿Por eso tu Doctor parece hablarnos en español?

—No —interrumpió el Doctor, volviéndose a mirarle un momento y tocándose la punta de la nariz. Como parecía hacer constantemente, continuó hablando a toda prisa—. De hecho yo hablo a la perfección vuestro idioma. Como Señor Del Tiempo he tenido, precisamente, tiempo para aprenderme todos los idiomas de la Tierra, entre los de “muchos otros muchos” lugares, amiguito de Ada...

—¿“Amiguito”? —repitió Luis, mirándola a ella.

—Algo me dice que hay, hubo o habrá “algo” entre vosotros dos, por eso lo de... “amiguito” —se explicó enseguida el Doctor.

Ada soltó una risita contenida.

—Entonces —interrumpió Fran, mirando la pantalla de las ondas senoidales, descoordinadas de nuevo, señalándolas con timidez—, ¿esta es la primera vez que contactan con otras razas? Entonces sí deben estar desesperados... ¿no?

—Pues no... mi querido... —el tripulante de la Tardis dudó un momento imperceptible— ... como te llames. Lo siento, Ada no se molestó en decirme vuestros nombres, quizá por lo intempestivo de su idea y lo arrebatado de mi conformidad, me comprendes, ¿verdad?

—Ehm... no.

—Bueno, el caso es que no contactan con nosotros por desesperación. Mejor sería decir que por accidente. Y mejor decir, como estaba haciendo yo, que “habían contactado” por accidente.

—¿Qué quiere decir Doctor? —quiso saber Ada, algo familiarizada con las crípticas maneras de todos sus discursos—. ¿Que ya es tarde? ¿Que ya habrán muerto por... lo que sea?

—Por lo que sea no... —se volvió a mirar a Ada y sacudió los penetrantes ojos bajo el ceño hacia Fran y Luis—. Porque se extinguieron hace cientos de millones de años sin entablar contacto alguno con ninguna otra raza. Y los Señores Del Tiempo poco más llegamos a hacer que observarles con curiosidad, alguna que otra vez... Pero sin interferir con ellos. ¡Qué tiempos aquellos! Había mucho menos tráfico interespacial y mucho más terreno por edificar...

—¡Pero acabamos de oírla, a esa mujer o lo que sea, pidiendo ayuda! ¡Ahora mismo! —repuso Ada, confundida una vez más, como muchas otras en anteriores ocasiones. Lo de sus amigos, en cambio, trascendía con mucho la mera confusión. Se miraban entre ellos y a Ada, mientras hablaba—. ¿Es que estamos viajando al pasado? ¿O es que...?

—No, nada de eso, querida Ada —la interrumpió el Doctor, volviendo a manipular todos los controles de manera aparentemente aleatoria—. ¿Escuchaste el mensaje? La ciliada había dicho que se había encerrado en la sala de interrupción cuántica. Ellos habían desarrollado, en la tercera etapa de su carrera espacial, un modelo de viaje hiperespacial que les permitía, si bien no viajar en el tiempo, al menos realizar trayectos de cualquier número de años luz en un solo instante —se volvió hacia sus invitados de nuevo, adoptando un histriónico tono de suficiencia y hablando sin apenas pausa para respirar—. Asumo que su disruptor cuántico se habría visto dañado o desestabilizado por alguna razón, y al momento de emitir esa señal de advertencia probablemente no hubiera llegado nunca a sus destinatarios, es decir, alguna otra nave o estación de la misma raza de los ciliados, y que en realidad se perdió a través de diferentes tiempos, interceptándola ahora mismo la Tardis de mera casualidad mientras viaja por el Vórtice.

—¿Vórtice? ¿Qué vórtice? —quiso saber Fran.

—Ahora mismo la Tardis se mueve a través de algo que llamamos el Vórtice. Revolotea a través de un túnel que une todo el espacio y el tiempo del universo, una pequeña muestra del genio de la tecnología de Gallifrey, querido alicantino —concluyó el Doctor con cierto orgullo melancólico, mientras se dirigía con lentos pasos hacia la gran palanca que había usado para hacer despegar la máquina—. Y desde aquí, es desde donde vamos a hacer un pequeño “derrape” en mitad de nuestro viaje hacia el planeta Barcelona... ¡para investigar qué le preocupa a nuestra hace mucho tiempo extinta, pero ahora mismo desamparada, amiga ciliada!

El Señor Del Tiempo empujó la palanca hasta su lugar de original reposo, y la cabina azul detuvo de manera brusca su avance a través del túnel espacio-temporal en la forma de una difícil cabriola que la hizo empezar a dar vueltas sobre su propio eje vertical mientras seguía el contorno de la tormenta tubular. Una larga secuencia de rayos azules se empezaron a concentrar por delante de la Tardis, haciendo saltar nubes de chispas al rojo vivo ante su rápido e irresistible movimiento. Finalmente se hundió en el mar de nubes como la aleta de un tiburón antes de atacar, y se materializó en mitad del espacio, en algún perdido lugar del exterior del disco de la galaxia.

Por dentro, la Tardis soltó a oídos de todos unos sonidos parecidos a gigantescos engranajes bastante oxidados y mal acoplados. La nave no había aterrizado, en el sentido literal de la palabra, y por eso no se habían visto sacudidos por las mismas vibraciones del despegue, así que cuando Fran y Luis observaron al Doctor sin nombre soltar su querida palanca de marchas, exclamaron al unísono:

—¿Ya está?

—Nada de turbulencias esta vez, mis invitados alicantinos —los tranquilizó el Doctor, volviendo a ponerse delante del monitor de tubo de rayos catódicos y manipulando otra vez varios mandos.

En la pantalla, entre nieve de interferencias, apareció la imagen en blanco y negro de un auténtico platillo volante. No se podía apreciar su tamaño exacto ni la distancia desde la que se estaba tomando la imagen. No había mucha definición, y aunque se distinguía que el artefacto estaba recorrido por desniveles que lo hacían parecer indudablemente una máquina metálica, no se veían estrellas en el fondo negro de su alrededor, y parecía más bien aquello un falso efecto de película antigua a base de maqueta de papel y un hilo muy fino.

—¿Esa es la nave de los... ciliosos esos? —preguntó Ada enseguida, adelantándose hasta ponerse al lado del Doctor, entornando los ojos.

—Ciliados... los llamábamos ciliados —aclaró él—. Sí, es casi totalmente casi seguro que casi que sí. La nave no presenta daños estructurales, así que no están sufriendo descompresión ni problemas de soporte vital... al menos, que se pueda decir a simple vista.

—Dijiste que esta nave era de una raza que se extinguió hace la tira —señaló Luis, acercándose también a mirar—. ¿Cómo sabes que has llegado a la época adecuada y al sitio correcto? ¿No podría ser otra nave?

—Bueno, por eso me cuida de decir mucho “casi” al hablar de a dónde llegamos en un viaje espacio-temporal, amiguito de Ada —le puso una mano en el hombro y con la otra le señaló usando el índice. Exclamó, mirando a Ada—. ¡Me gusta este chico! Mirad, lo que he hecho con la Tardis es seguir directamente la señal del mensaje de advertencia que, como ya os dije antes, ha sido lanzado por su disruptor cuántico a través del Vórtice. Hemos llegado hasta su origen en el momento exacto en que se ha enviado. ¡Puede que seamos, ahora mismo, el equipo de rescate con mejor índice de respuesta que pueda existir en toda la historia del Universo! Pero esto de los viajes en el tiempo no es lo que podríamos definir como una ciencia exacta, y menos cuando uno ha de lidiar con una vieja máquina caprichosa como es la Tardis, así que... ¡haces bien en no darle todo por sentado, amiguito!

—Bueno, pero si ahora debemos entrar en su nave... ¿Cómo lo vamos a hacer? No tendremos que cruzar el espacio hasta allí con trajes espaciales... —preguntó Fran, algo inquieto, sin acercarse al monitor pero observando fijamente el platillo volante.

—¡No! —exclamó su anfitrión con entusiasmo, y arrancándose a hablar con la misma energía con la que hacía todo—. Ahora que estamos más cerca, podremos materializarnos en el mismo interior de la nave, en un lugar lo bastante espacioso para contener la Tardis. Los

ciliados, o los dhim, como se llaman a sí mismos, respiran también oxígeno, aunque en una concentración algo mayor. A la larga podría sentaros mal, pero en principio no experimentaréis nada más que una pequeña sensación de euforia si respiráis con profundidad... Mi consejo: respirad de manera sosegada, y en bocanadas cortas...

—Entendido, Doctor —le respondió Ada con ánimo.

—Amigo y amiguito de Ada, sabed que los ciliados son criaturas de aspecto humanoide, pero, como alienígenas respecto a vosotros, bastante diferentes... Espero que sepáis mantener la compostura. Venimos a solucionar problemas, no a provocarlos... ¿entendido?

—Esto... ¿sí? Vale, no somos idiotas, y Ada nos ha dado bastante la brasa con el tipo de cosas que ha visto en vuestros viajes... —aclaró Luis, con cierta impaciencia.

—Estaremos bien —asintió Fran, mostrándose seguro de sí mismo.

—¡Os creo! Conozco de primera mano el extraordinario nivel de adaptabilidad humana... —afirmó el Doctor, manipulando nuevos controles alrededor de la abarrotada mesa—. Y ahora... aparezcamos con suavidad y cuidado, sin hacer daño a nadie, sobre todo...

Tiró de nuevo de aquella palanca que tanto les parecía a Fran y a Luis que el excéntrico hombre tenía por gusto manipular. Los mismos sonidos, pero muy brevemente, se sucedieron en ese momento, y desde fuera, la cabina azulada se vio materializada en mitad de un amplio espacio delimitado por paredes diseñadas con las formas de anchas olas metálicas de medio metro de amplitud, sucediéndose en larga secuencia estática.

El Doctor fue el primero en salir, seguido por Luis, al que Ada, mostrándose muy segura de sí misma y algo socarrona, cedió el paso a modo de elegante caballerosidad invertida. En cuanto salió, algo por detrás del Señor Del Tiempo, se percató de la facilidad con la que podía respirar y la sensación de frescor ardiente que encendía su pecho. El aire estaba impregnado de un aroma dulzón, no exactamente desagradable pero molesto, con una etérea cualidad aceitosa. De algún lado se oía un rotundo tamborileo arrítmico.

—¡Oh! Vaya... “Sin hacer daño a nadie”, dije —lamentó el Doctor, volviéndose a mirar hacia algún lado detrás de él, a la izquierda.

Luis siguió la dirección de sus ojos mientras se acercaba hacia él. Pegó un salto sacudiéndose como electrificado, soltando un grito apenas contenido de verdadero horror. En el lado izquierdo de la Tardis (el derecho, según la miraban en ese momento) una cosa que parecía algún tipo de cucaracha gigantesca arrastraba sus muchas largas patas a su alrededor, casi toda la mitad izquierda de su ovalado y cóncavo cuerpo aplastada bajo la máquina de viaje espacio-temporal. No hacía más ruido que el de una de sus patas golpeando con desesperación y futilidad el costado de la cabina, como si a base de empujar fuera a ser capaz de sacar intacto su cuerpo oscuro de debajo.

Luis se agarró de manera inconsciente al brazo del Doctor.

—No te haría nada aunque pudiera moverse —le quiso tranquilizar, aunque su jovial tono le crispaba aún más los nervios. Sonaba como un psicópata, indolente ante ningún horror o sufrimiento—. Son insectos domesticados. Los ciliados los crían como alimento. Como en las granjas de la Tierra hacéis con mamíferos y aves...

Ada y Fran salieron y se acercaron hasta donde estaban, mirando con curiosidad y algo de asco el insecto alienígena. Ada ya había visto cosas más feas y raras, pero una cucaracha gigante seguía produciendo en ella una aversión instintiva. Fran, en cambio, parecía tener ganas de encontrar un palo con el que poder jugar con la pobre criatura moribunda.

—Madre del amor hermoso, ¡peazo de bicho, ¿no?! Vale...

—¿Cómo es que hemos aterrizado sobre él? —quiso saber Ada, algo preocupada—. Creía que la Tardis evitaba aterrizar sobre seres vivos...

El Doctor extrajo de un bolsillo interior de su elegante pero aburrida chaqueta de color beis un dispositivo alargado que, sin ceremonias pero con elegantes y experimentados movimientos, dirigió hacia la Tardis. En un instante, el extremo del dispositivo se extendió y abrió, iluminándose al pulsar un botón, produciendo un sonido electrónico, agudo y un poco amenazante. Lo agitó trazando una irregular y veloz circunferencia en el aire para luego acercárselo a la cara y mirar con atención su costado, como si leyera con avidez algunos datos. A simple vista, Luis y Fran hubieran dicho que no había nada que leer ahí. Es más, Luis pensaba que parecía una trepanadora para sesos o algún tipo de dolorosa sonda colonoscópica.

—Lo que imaginaba —dijo el Doctor, cerrando los ojos un momento, como si pensara—. La disrupción cuántica. Ha confundido a la Tardis. En verdad, es una suerte que entráramos tan adecuadamente, y no llevándonos buena parte del fuselaje en una colisión desastrosa... A la Tardis no le habría pasado nada, pero menudo favor les habríamos hecho a nuestros anfitriones...

—Eso es... el nosequé sónico, ¿no? —preguntó Fran a Ada.

—¿Y no podemos salir y volver antes de aplastarlo, o sin aplastarlo? —quiso saber Ada, ignorando a su amigo.

—No, querida, esta vez no. Me temo que estamos atrapados. La Tardis ahora mismo no puede volar. Si no desactivamos el disruptor cuántico o ayudamos a los ciliados a repararlo, nadie, ni ellos ni nosotros, seremos capaces de ir a ningún lado —explicó hablando tan rápido como solía pero con demasiada seriedad, de pronto. Agitó su artilugio de nuevo y se acercó hasta la criatura-insecto que tanto sufría. Sin mostrar repulsa alguna, se acuclilló junto a ella, pasándole la mano libre por la lisa y brillante superficie calcárea y dirigiendo el haz de luz del chirriante instrumento hacia la que debía ser la cabeza de la criatura—. Estamos todos atrapados en el vacío del espacio. Demasiado lejos de cualquier lugar al que poder llegar volando a velocidad sublumínica, y a millones de años de la existencia de cualquier cosa que nos sea familiar...

—¿Qué está haciendo? —preguntó Luis a nadie en concreto.

—Se está muriendo. He utilizado el destornillador sónico para cortar sus conexiones nerviosas para que no sienta dolor, y ahora... lo estoy durmiendo... para... que tenga una muerte tranquila.

El destornillador sónico redujo la frecuencia de su chirrido, y la criatura insecto pareció irse calmando, reduciendo su frenético pataleo primero, y quedándose quieta después. Solo algunas patas temblaban, como por acto reflejo.

—Eso... ¡destornillador sónico! ¡Lo sabía! —le susurró Fran a Ada—. Para que veas que sí te escucho...

—¡Shhh! ¡Calla! ¡Un poco de respeto!

—¿Respeto? Pero si es un bicho gordo, Ada...

—Lo que está claro es que este pobre insecto no hubiera debido encontrarse correteando por aquí —empezó a explicar el Doctor, poniéndose en pie y mirando a la criatura con compasión. Mantuvo su destornillador sónico en la mano derecha y de nuevo su talante era resuelto—. Los ciliados mantienen a los insectos en rediles. Son su comida, no mascotas; jamás los tendrían a su libre albedrío por toda la nave... Los ciliados son... estrictos. Nada marciales, pero muy suyos en cuanto a orden y organización se refiere.



—¿Qué clase de monstruos se comerían a esos pedazo de bichos? —exclamó Luis, imaginándose a una especie de altos y corpulentos ogros agarrando a la cucaracha gigante con ambas manos y devorándola viva, como si fuera un bocadillo.

—Ningún monstruo, amiguito de Ada. Personas, pero de otra especie. Como mínimo conoceréis a una. A esa hembra que envió el mensaje. La que nos ha traído hasta aquí. Seguidme. Y manteneros detrás de mí. No sabemos qué está pasando aquí...

El Doctor alzó su destornillador y lo hizo funcionar de nuevo manteniéndolo erguido hacia arriba ante sí, como una antorcha. El dispositivo chirriaba con levedad y de una manera fluctuante, como si estuviera detectando algo.

—Seguiremos la distorsión cuántica hasta su origen. La dhim acaba de mandar el mensaje, así que asumiremos, lógicamente, que ella sigue encerrada en la sala del motor. Al menos me parece un buen indicio para empezar...

—Este sitio es muy raro... —exclamó Fran, mirando a su alrededor.

—Fran... ¿estás en una nave extraterrestre! ¡Y en otro tiempo! —le recriminó Ada.

—¡Solo digo que es raro! ¿Es que no se puede hablar, en el espacio?

—¡Joder, tío...! ¡Cómo eres! —suspiró Luis.

—La verdad es que no se puede hablar en el espacio porque no hay aire para respirar —se apuntó a discutir el Doctor, con cierto humor—. Pero entiendo a qué te refieres, amigo Fran. Ven, ven conmigo. Eres alto, tan alto como yo... No creo en la violencia, pero tener delante a los miembros más corpulentos del grupo puede ser determinante a la hora de prevenir conflictos...

—¿Pueden ser hostiles, los ciliosos?

—Ciliados, Ada. Llámalos dhim, si lo prefieres. Ellos por sí mismos no son nada belicosos. Pero, como os dije antes, no han establecido contacto con ninguna otra especie inteligente. Quizá les resulte... chocante. Y además... no sabemos si, dadas las circunstancias... están solos.

Al oír esas últimas palabras, Fran se volvió a mirarle. En realidad el Doctor iba casi detrás de él, sujetando el destornillador en su mano derecha y empujándole con el brazo izquierdo pasado sobre sus hombros. No parecía tener miedo, sin embargo.

El grupo de inesperados aventureros dejó atrás enseguida la amplia sala de estáticas olas metálicas en las paredes y salieron a un pasillo que se bifurcaba en curvas contrarias. El Doctor, sabiendo a dónde dirigirse gracias al sonido de su destornillador, guió al grupo a la derecha, usando al alto Fran de ariete y comparsa propia. Las paredes de los pasillos tenían la forma de sinuosidades parecidas a las de la sala que habían dejado, pero más pequeñas e irregulares. Seguían siendo metálicas y sólidas, pero daban la impresión de tratarse de algún fluido plateado que alguna magia o tecnología imposible había detenido en mitad de su intempestivo oleaje.

—¿Las paredes son así de raras por algún motivo?

—Efectivamente, amiguito de Ada —le contestó el Doctor a Luis—. Estas superficies se mueven como un fluido cada vez que la nave se prepara para un viaje a través del hiperespacio. Es la manera en que los ciliados evitan el efecto adverso de los taquiones en su biología. La aleación de las paredes se vuelve líquida y gira a cierta velocidad, desviando la radiación hiperlumínica de las zonas habitables de la nave. Sin ello, los ciliados podrían sufrir un envejecimiento acelerado tal que prácticamente se desintegrarían en el mismo momento de iniciar un viaje... o quizá sobrevivir, arrastrando espeluznantes malformaciones, pese a todo...

—Y... ¿si le da a alguien por activar el viaje hiperespacial estando nosotros por aquí, y esas paredes no hacen su trabajo? ¿Qué nos pasaría?

—Pues... lo mismo que a cualquiera de ellos, querida Ada. Aunque asumo que el efecto de escudo de taquiones es un proceso automatizado que no permitiría jamás que ocurra eso... Espero.

—¡No me mola nada esto! —exclamó en voz baja Luis, y se dirigió a Ada—. ¿Alguna vez te había pasado con él algo parecido?

—Es lo habitual, de hecho —le respondió ella con una media sonrisa. De repente le parecía que Ada estaba mentalmente desequilibrada.

—¿Y no se te ocurrió comentarnos algo así? ¿Hablarnos del peligro y la muchedad de posibilidades de morir en estos viajes?

—¡Has dicho muchedad! —se rió ella.

—¡Ahí va! —exclamó en voz bastante alta Fran.

Oírle había hecho que Ada y Luis olvidaran su conversación. Al mirarle le vieron revolverse bajo el brazo del Doctor, como si intentara retroceder y este último no se lo permitiera.

—¡Hola, muy buenas! —oyeron decir al Doctor, que levantaba la mano que sujetaba el destornillador sónico y abría los dedos opuestos al pulgar, a modo de saludo—. ¡No, no se levanten amigos, no es necesario!

Ada y Luis se apresuraron a ponerse junto a ellos, en la boca de la salida del pasillo. Resultó que se abría a una sala no tan amplia como aquella en que se había materializado la Tardis, pero muy parecida en forma y estilo. En esa estancia, sin embargo, las paredes de metal líquido congelado presentaban unas formas totalmente irregulares, que para nada tenían que ver con las olas idénticas y redondeadas de la primera sala, ni aun siquiera con las más variadas del pasillo que habían ido recorriendo. Allí, las paredes mostraban unos picos retorcidos y afilados, segmentados en otros más pequeños y cuyos extremos incluso parecían peligrosos, por afilados. El metal, pese a su estado estático, tenía allí una auténtica facultad de animación... de estar vivo y además presumir de un espíritu vil.

Aquello era perturbador por sí mismo, pero lo que inquietaba tanto a Fran era la presencia de los individuos de la especie de los ciliados, alguno de los cuales ya se había puesto en pie. Parecía que habían estado todos sentados tan tranquilos sobre una especie de butacones individuales que se movían por el suelo de un modo deslizante. Al momento de mirar Ada y Luis, dos de los seres estaban ya de pie y los tres aún sentados orientaban sus asientos hacia ellos. No estaban manipulando nada con sus bastante humanas manos, así que, o los controlaban por telequinesis, o los muebles quizá gozaran de una sencilla inteligencia artificial. Fuera como fuera, cinco de los denominados “ciliados” por el Doctor les miraban con bastante menos estupor del que él mismo se esperaba.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo han entrado en nuestra nave?

El que hablaba era uno de los ciliados todavía sentados, el más alejado, justo delante del paso a otro corredor.

Todos ellos eran muy parecidos entre sí, a simple vista indistinguibles para Ada y sus amigos. Lo primero que llamaba la atención eran los ojos, tan grandes y redondos que recordaban a los de los búhos. Todos tenían los iris teñidos de varios colores distintos, incluso dentro de un mismo ojo; mientras algunos de ellos poseían ojos algo más homogéneos, la mayoría tenían un buen y hermoso arcoiris alrededor de sus grandes pupilas. Los orificios nasales resaltaban en medio de ambos ojos, y más abajo, casi al filo de sus

redondísimas barbillas, la delgada línea de la boca vibraba apenas para hablar, sonando su voz un tanto ahogada y pastosa, como si la lengua no tuviera espacio para moverse dentro de la cavidad bucal. Sus oscuras pieles parecían recorridas en la cara y manos por diminutas olas de pelillos que los hacía parecer atigrados de una manera algo hipnótica. Desde encima de la frente y hasta la nuca, sus cabezas estaban protegidas por duras placas óseas de distintos colores y tonalidades en cada individuo. En ellas, donde una persona tendría las orejas, unos pequeños orificios cavernosos les servían de pabellón auricular. Aquellos cascos les eran naturales, y no parte del traje reglamentario que vestían: una especie de mono de trabajo de un color verde oscuro y con algún tipo de código de líneas y puntos negros cruzándose el pecho; probablemente, esos colores estaban visualmente contrastados a su percepción visual, pero para el Señor Del Tiempo y sus acompañantes eran casi indistinguibles. Su calzado consistía en unas botas que se unían a sus monos cerca de sus muy altas rodillas por algún tipo de cierre metálico circular de tipo estanco.

A la vista saltaba, por cuenta de los dos que se habían puesto en pie, que su estatura media era bastante mayor de los dos metros. Fran, empequeñecido su ego ante aquellas estaturas, acabó por revolverse y zafarse del abrazo del Doctor para ponerse justo a sus espaldas. El Señor Del Tiempo se llevó la mano izquierda a la pajarita roja que adornaba su cuello y se la ajustó un poco, como para mostrar elegancia ante las criaturas alienígenas.

—Por favor, no se asusten, anfitriones nuestros —intentó apaciguarlos, hablando tan rápido como tenía por costumbre—. Sé que será toda una sorpresa, pero no, no estáis solos en el universo y sí, hemos venido a ayudar, respondiendo a la llamada de emergencia que ha enviado una de los vuestros...

—Nadie ha enviado un aviso de emergencia, desconocidos.

La criatura que habló en ese momento era una de las que se habían puesto en pie. Su voz era femenina, y Fran, Luis y Ada se sorprendieron. No parecía haber distinción física entre machos y hembras de aquella especie. Las secuencias de líneas circulares en que aleteaban sus extrañas pieles de diminutos cilios confundían sus miradas, dando la impresión de que sus caras y manos estaban hechas de algún fluido que no cesaba de ondear. Todos los ciliados parecían sincronizados en el movimiento de sus extrañas pieles.

—¿No? —pareció dudar el Doctor, haciendo un ligero ademán con el destornillador sónico y acercándose para examinar las supuestas lecturas que estaría tomando—. Sin embargo sí que hay una fuga de distorsión cuántica, ¿no es así? ¿O es que ninguno de vosotros se ha dado cuenta?

—No hay ningún problema en esta nave que no podamos resolver por nuestra cuenta, alienígenas —insistió la hembra, adelantándose un largo paso, pero sin mostrarse amenazante.

—¿Alienígenas, nos llama? —susurró Fran para el Doctor, mirando desde encima de su hombro.

—Para ellos somos alienígenas, amigo Fran —explicó en otro susurro el Doctor—. No debería preocuparte eso. Sino el hecho de que se están tomando demasiado bien su primera experiencia con otra especie inteligente...

—¡Alguien ha enviado un mensaje de alerta! —exclamó Ada, mirando a la ciliada e intentando que sus ojos no se perdieran entre los anestésicos efectos ópticos de su cara—. ¡Interceptamos un mensaje de aviso de una mujer de vuestra especie! Su voz, de hecho, se parecía a la tuya. ¿No has sido tú?

La ciliada interrogada abrió las manos hacia ellos y por un momento invirtió el minúsculo oleaje de aquellas extrañas células alargadas de su piel. ¿Aquello significaba algo? El Doctor la señaló de pies a cabeza con el destornillador, haciéndolo chirriar sonoramente.

—¿Qué es eso? ¿Algún tipo de arma? —preguntó otro de los ciliados sentados, poniéndose también en pie.

—¡Oh, en absoluto! Jamás utilizaría un arma —examinó de nuevo el costado del artilugio, sin dejar de hablar, más preocupado por sus propias pesquisas que por mantener una conversación con ellos—. Esto es más bien una herramienta. Una precisa máquina de sondeo, en este caso concreto... —redujo la velocidad y el volumen de sus palabras, mostrando entre curiosidad y decepción—. Que no detecta nada fuera de lugar, ahora mismo.

—Sería de lo más interesante saber qué transporte han utilizado ustedes para llegar hasta aquí —dijo con tranquilidad el ciliado que había hablado en primer lugar—. La nuestra es, oportunamente, una expedición que explora el universo en busca de nuevas formas de vida. Es de lo más curioso que precisamente ahora hayan llegado ustedes a nosotros...

—Sí, oportuno como pocas cosas en el universo —le interrumpió el Doctor, con repentina impaciencia—. Tan oportuno como un mensaje de emergencia enviado a través de una grieta en el tiempo que suplica por la destrucción inmediata de esta nave y de, asumo, toda cosa y ser vivo que hay dentro. ¿Os importaría a alguno indicarnos el camino más rápido hacia la sala del motor de disrupción cuántica?

—¿Para qué quiere usted llegar a nuestro motor para viajes hiperespaciales? —volvió a hablar la ciliada adelantada.

—La verdadera cuestión es por qué no estáis vosotros allí. La tripulación de los platillos hiperespaciales dhimianos alterna entre los cinco y siete miembros. Así que es asumible que aquí pueden faltar entre uno y dos de sus miembros. Y si no es así, es de todo menos tranquilizador pensar que toda la tripulación de una nave varada en mitad del espacio permanece sentada en una misma sala mientras su único modo de llegar vivos a alguna parte permanece inutilizado por motivos desconocidos.

—Precisamente, líder de los intrusos —le respondió el ciliado más alejado, poniéndose en pie con lentitud. Parecía ser el más bajo de todos ellos, pero aún era mucho más alto que el propio Doctor. Debía tratarse del capitán de la nave. Su cara fluctuaba sincronizada con las de los demás—, nos encontrábamos debatiendo el modo de proceder respecto a ello. Un miembro de mi tripulación parece haber entrado en un estado exacerbado de histeria, y se ha encerrado en la sala del motor de disrupción, empeñándose en evitar que lleguemos a ninguna parte. Nos ha detenido en mitad de un viaje de exploración, una misión que nuestros líderes nos han encomendado... Aunque reconozco que ahora mismo me preocupa más recuperar la posibilidad de poder volver a nuestras casas...

—Entonces... —empezó lentamente el Doctor—. Vamos todos a ver qué es lo que ocurre, ¿no? A veces una simple conversación con alguien con un enfoque distinto hace que las cosas vuelvan a fluir, ¿no creéis?

—¿Por qué vamos a confiar en un grupo de alienígenas recién llegados? —dijo otro ciliado, que hasta ese momento no había hablado. Las voces entre los machos resultaban indistinguibles para el Señor Del Tiempo y sus acompañantes de la Tierra, a pesar de poder entenderles—. ¿Qué van a saber ellos de nuestros problemas?

—Sé todo sobre vosotros —explicó con renovada suficiencia el Doctor—. He sido testigo de toda vuestra historia. He contemplado vuestro mundo de origen enfriarse, os he visto pasar de ser diminutas criaturas esponjosas que reptaban sobre sus cilios a evolucionar hasta convertirlos en cuadrúpedos gregarios, desarrollar el pensamiento abstracto y la capacidad

bípeda, y así hasta ser testigo del lento pero firme desarrollo de vuestra sociedad y tecnología —el Señor Del Tiempo pareció darse cuenta de que tanto los ciliados como sus amigos terráneos le miraban con un inusitado estupor mientras alardeaba de aquella manera. Se detuvo y carraspeó, antes de concluir—. Y he visto mucho más, pero todo esto no os concierne ahora saberlo. Bien, ¿por dónde se va hacia el motor de disrupción?

—Sígannos por aquí, pequeños alienígenas —les invitó sin más el que parecía el jefe de los ciliados.

En el acto, los dos que aún estaban sentados se pusieron en pie, y empezaron a caminar todos en fila a lo largo del pasillo enfrente con aquel por el que habían llegado el Doctor y sus compañeros. Los asientos, conformados de un metal muy pulido y con asientos y respaldos moldeados con cóncavas formas adaptadas a la fisonomía de los dhim, empezaron a retirarse hacia lugares apartados junto al contorno circular de la sala. El Doctor animó con un leve ademán a Ada, Luis y Fran a seguirles a todos. Y dejaron la sala, no sin que antes el Doctor la escaneara entera con un rápido giro de su destornillador sónico.

—¿Qué pasa, Doctor? Pareces... más ceñudo de lo habitual —se acercó a susurrarle Ada, mientras seguía desde una distancia de unos cuantos pasos al último del grupo de los ciliados, que no se sabía si era macho o hembra.

—Algo va mal —le contestó en el mismo tono, y hablando muy rápido—. Algo va terriblemente mal con los ciliados, ¡y no sé qué es! —alzó el destornillador sónico, apagado, ante ella, abriendo los ojos y enarcando las finísimas cejas—. ¡Y esto no me dice nada!

—Si el destornillador no detecta nada... es que no pasa nada, ¿no?

—Sí que pasa, sí —la atajó—. Pero hay que estar familiarizado con la especie de los ciliados para saberlo. ¿Ves los microcilios que conforman su piel? Bien, pues no se moverían así. ¡Jamás se moverían así!, ¿comprendes?

—Me estás asustando —repuso Ada, viendo al tripulante de la Tardis tan agitado, de repente—. ¿Cómo se supone que se moverían?

—Pues... ¡no lo sé! —el doctor hizo una serie de aspavientos con los dedos de ambas manos por delante de su propia cara—. No sé, Ada. ¡De maneras aleatorias! ¡Imprevisibles! Hay ciertos patrones comunes para expresar sus emociones. Digamos que es la manera en que gesticulan, en lugar de hacerlo mediante músculos faciales... Tienen patrones comunes para emociones básicas como la risa, el enfado, la felicidad, la tristeza, pero incluso esos patrones son visiblemente diferentes y propios en cada individuo... además de que normalmente los microcilios de un individuo tienen su propio movimiento aleatorio... Repito: normalmente...

—Pero... —Ada se quedó callada un momento, sintiendo la garganta seca y notando que se le erizaba el cabello de la nuca—, las caras de estos se movían prácticamente de la misma manera...

—La misma manera... ¡Je! De manera perfectamente sincronizada, Ada —la corrigió el Doctor con un tono de cierta reprimenda, como si fuera su deber darse cuenta de aquellas cosas—. Y probablemente no lo notarías, porque fue algo que sucedió muy rápido y estabas ocupada mirándole a la cara... Pero en el momento en que enfrentaste a la ciliada y sus microcilios fluctuaron a la inversa como por la sorpresa, de igual modo lo hicieron los de todos.

—Yo sí que lo vi —le apoyó Luis.

—Y yo... —asintió Fran—. Me dio un mal rollo de la hostia...

—¡De la hostia! Qué mono... —exclamó con una media sonrisa el Doctor—. En fin. ¿Lo ves? El caso es que aquí pasa algo. Creo que ese cambio en sus caras se debe a que no esperaban que hubiera ocurrido lo que les dijiste: que alguien ha enviado una transmisión avisando de lo que pasaba en esta nave. Y además... Se toman con demasiado aplomo su encuentro con otras formas de vida inteligentes como nosotros, ¿no os parece? Esto tiene mucho de todo pero muy poco de normal...

—Entonces... ¿qué crees que les pasa?

—Todavía no lo sé... Pero por si acaso, ¡mantened las distancias con ellos! —acabó por advertir, meneando ante ellos el destornillador sónico.

El grupo de ciliados, silenciosos como ellos solos, les llevaron hasta una intersección con tres pasillos más. Dos de los pasadizos seguían en el mismo nivel, de frente y hacia la derecha. El tercero, y que fue por el que siguieron, se desviaba hacia la izquierda y en un lento descenso en la forma de una amplia curva. El Doctor alzó el destornillador sónico haciéndolo chirriar levemente, y asintió para sí. Tenía la boca abierta en un gesto muerto de expectación, mucho más curioso en ese momento que cuando se había rendido a las ganas de aventura de Ada a la hora de acudir a la llamada de emergencia. Algo le decía que en aquella nave se estaba gestando algo siniestro y ladino, armado además de una infinita paciencia y de una indolencia que solo podía darse en las entidades que se creen invulnerables... Sabía de muy primera mano hasta dónde podía llegar la arrogancia de las más perversas criaturas...

Al final del corredor descendente, que había dado una vuelta y media en el sentido contrario a las agujas del reloj, el variopinto grupo interespecie llegó al compartimento del motor de disrupción cuántica. La sala era de sección circular como todas, pero la pared que en otros lados tenía la forma de distintos tipos de olas hermosamente rizadas (o más o menos retorcidas, como en la sala de los asientos deslizantes), allí era totalmente lisa, y la luz violeta que brillaba con intensidad desde los haces de energía que generaba la máquina en el centro se veían reflejados en ella en la forma de una especie de vibración. Una leve corriente de aire parecía girar en remolino por toda la sala: el largo cabello de Ada tendía a pretender adelantarla y rodearle el cuello.

—¿Qué es ese aire? —quiso saber, mientras se apartaba el pelo.

—La pared que rodea el motor... Aquí gira constantemente para evitar efectos perniciosos en la biología por la radiación hiperlumínica remanente... pero... ¡un segundo!

El Doctor alzó un brazo e hizo detenerse a Ada y sus dos amigos detrás de él. Los ciliados siguieron avanzando hacia el centro de la sala mientras ellos observaban. En el centro, una vidriera de cristal con leve forma de diábolo en posición vertical, es decir, curvada y más estrecha en su centro, cerraba una habitación transparente alrededor del motor de disrupción: una rotunda maquinaria surcada de complejos controles que se dejaba caer desde el techo, y en cuyo centro un pesado electrodo mantenía suspendido, entre sí y otro más sencillo erguido desde el suelo, un brillante orbe violeta de energía que ocasionalmente hacía chisporrotear diminutos relámpagos del mismo color a su alrededor. Al Doctor le entraron ganas de expresar en voz alta su maravilla ante el ingenioso y espectacular generador de taquiones, pero otra cosa llamó su atención. Para empezar, no había nadie encerrado en la cápsula de vidrio que contenía el motor de disrupción. Y aún más importante... el fluido de metal de las paredes, en constante movimiento, había empezado a fluctuar.

Al principio, mientras los ciliados seguían avanzando y tomaban posiciones aleatorias de pie por toda la sala, la pared en movimiento, que en condiciones normales, dado su estado y cualidad, no debería parecer en movimiento, había empezado a reflejar la luz en leves parpadeos al generarse en ella imperceptibles ondulaciones. Pero cuanto más habían avanzado y según se sucedían los segundos, el metal líquido empezó a producir ondulaciones

más y más pronunciadas. Acabaron por ser diminutas olas, de aspecto regular, que giraban y giraban a gran velocidad, aumentando la fuerza del viento por toda la sala, empujando el aire en el sentido contrario a las agujas del reloj.

—¡Oh, oh! —dijo el Doctor, mirando aquellas evoluciones, cada vez más señaladas—. ¡Esto no puede ser bueno!

—¡No hay nadie en la sala del motor de disrupción! —indicó Luis.

—¡Muy observador, amiguito! —le animó el Doctor, alzando la voz para hacerse oír sobre el sonido que hacían las rapidísimas olas al cortar el aire—. ¡Esto empieza a ser molesto!

—¿Podría estar al otro lado de la luz? No la veríamos si está detrás de todos esos brillos... —aportó Fran, señalando hacia el orbe de luz violeta.

—¡Se ha ido! —oyeron gritar a uno de los ciliados con su voz pastosa, rodeando la sala de cristal—. La puerta está abierta.

Entró por un lado por el que parecía no haber nada, aunque el Doctor asumió que sus ojos seguramente registrarían patrones de color distintos en el cristal para lo que era o no una puerta. Otro ciliado pasó con él a examinar el motor.

—¡Ha roto los capacitadores de contención! —exclamó ese, con voz de mujer. Es decir, era otra hembra... o quizá la misma que les había hablado minutos antes—. Es imposible así el redirigir la energía de taquiones. ¡Necesitamos repararlo!

La pared alrededor del motor pasó, mientras tanto, de formar pequeñas ondulaciones a olas de medio metro, y enseguida empezaron a retorcerse peligrosamente, adoptando perfiles de lo más irregulares, afilados y hasta retorcidos. El Doctor estaba a punto de sugerirles a sus acompañantes que se dieran media vuelta para irse por donde habían llegado, pero en ese mismo momento un atronador rumor hizo vibrar toda la nave. Una aguda sirena atronó sus oídos, abriendo el anuncio de una grave y masculina voz ciliada grabada, que sonaba como un gangoso pretendiendo ser pedante.

—¡Atención! El salto hiperespacial producirá una sobrecarga crítica en el motor de disrupción cuántica. Habiliten los capacitadores de contención o cancelen la programación del salto. Sobrecarga crítica en seis ciclos.

—¡Esa lunática nos va a matar a todos! —gritó el líder de los ciliados—. ¡Hay que llegar al puente y cancelar la secuencia!

El Doctor empujó a Ada y a Luis hacia atrás, de vuelta por el pasillo, interponiéndose en la entrada.

—¡Salid! ¡Volved a la Tardis! —les gritó a ellos y a Fran, que estaba a sus espaldas.

Dirigió el destornillador sónico desplegado y zumbando hacia la sala cristalina del motor de disrupción, produciendo que la puerta invisible de cristal se cerrara. Los ciliados atrapados dentro se volvieron hacia los suyos de fuera, y dos de ellos se acercaron para intentar liberarlos. El líder comprendió la maniobra y miró directamente al Doctor.

—¿Qué cree usted que está haciendo?

—Vosotros —dijo el Doctor para sus acompañantes—. ¡A la Tardis! ¡Ahora!

—¡La Tardis no puede moverse, dijiste! —protestó Ada.

—Si esta nave explota, ¡la Tardis es el único lugar seguro! ¡¿Cuándo harás algo de lo que te pido sin rechistar?! —la regaña el Doctor, esgrimiendo el destornillador ante sí como un sable ligero.

—¡¿Y qué harás tú?! —le gritó ella, mientras Luis tiraba de su brazo y Fran, que se había alejado un poco, les miraba con los ojos como platos.

—Lo que hago siempre... —sentenció, fijando su mirada de ojos hundidos en el capitán de la nave ciliada—. Llegar al fondo del asunto. ¡Largaos! La Tardis se abrirá para vosotros. ¡¡Largaos!!

Por fin Ada se dejó llevar de mano de Luis, y echaron a correr mientras el suelo bajo sus pies vibraba con fuerza, presumiblemente como parte del estado de emergencia de la nave.

—¿Pero vas a venir, verdad?! —intentó gritar Ada, mientras corría.

Pero el Doctor no la oyó. El sonido de las perturbaciones de la pared desliziéndose a toda velocidad en el fluido metálico era una auténtica tormenta de silbidos que apenas le permitía ya escucharse a sí mismo.

—¡Decidme qué sois! No sois los dhim, ni nada que se le parezca. ¿Qué sois, eh? —el Doctor activó de varias maneras su destornillador sónico, buscando después en las lecturas alguna respuesta. Mientras tanto, los ciliados encontraban la manera de abrir la puerta del motor y dejar salir a sus compañeros—. ¡Maldita sea! ¿Qué sois? ¡¿Por qué los disipadores de protección biológica reaccionan así ante vosotros?! ¡¿Qué clase de ser no puede escanear el destornillador sónico?! ¡No sois ciliados, y no sois clones! ¡Ninguna clase de robots, ni proyecciones holográficas con capacidad cinética! ¡¡¿QUÉ SOIS?!!

El Doctor se empeñaba en analizar una y otra vez a las criaturas, que se reunían y se acercaban a él, con paso tranquilo pero decidido. No se movía de la entrada al pasillo, interponiéndose en su camino, mostrando su completa disposición a impedirles conseguir lo que fuera que pretendieran. Ellos mantenían sus redondas y grandes miradas en él, sin dejar de caminar, formando un estrecho círculo entre los cinco. Con los cilios de sus pieles fluctuando y fluctuando al unísono. Las estrechas bocas cerradas. Sus caras idénticas salvo por los colores de los iris y las placas óseas de sus cabezas. El estruendo del fluido aturdía ya sus tímpanos de una manera insoportable. Sus cabezas se confundían ante su mirada con el parpadeo violeta apareciendo ocasionalmente entre ellos. Un sonido sibilante empezó a escucharse por debajo pero muy claramente entre el rumor filoso del fluido metálico. Y entre sus cabezas aparecieron nuevos brillos mientras caminaban. No brillos entre sus cabezas. Brillos en mitad de sus cabezas.

—¿Pero qué...? En nombre de... —susurró el Doctor.

Los ciliados abrían sus cabezas en mitades desiguales que parecían no tener dentro las bolsas de humor que debían recubrir sus cerebros... y tampoco vestigio de estos órganos, sino una suerte de vísceras repugnantes rodeadas por deformidades de aspecto quitinoso muy parecidas a dientes. Un espantoso sonido parecido a un grito inhumano se produjo de manera secuencial desde dentro de los falsos ciliados, uniéndose cada uno rápidamente al coro, al estilo de una de esas típicas canciones del más famoso grupo británico del siglo XX. Solo que aquellas voces eran espeluznantes. Antes de que pudiera pensar en nada, los cuerpos de los ciliados se desmoronaron, rasgándose por completo o de manera parcial los monos reglamentarios de cada uno, y derramándose (no se le ocurría otra palabra para describirlo, aunque no fuera eso exactamente lo que ocurría) toda una suerte de repugnantes vísceras desde su interior y hacia todas partes.

Las formas carnosas (entre las que se sacudían manojos de cilios de varios metros de longitud, partes de lo que parecían huesos y fibras musculares retorciéndose como goma, y otras estructuras que solo podían identificarse como las extremidades de enormes insectos) se desenvolvían una y otra vez sobre ellas mismas, como si se trataran de repugnantes sábanas de entrañas que alguien estuviera ventilando.

Dirigió el destornillador sónico hacia el grupo de amorfas criaturas y probó a desestabilizarlas con distintas frecuencias de sonidos y varios tipos de radiación. Nada de



todo eso funcionaba, y de hecho sus gritos se volvían más furiosos y sus deformidades más funcionales. Estaban transmutándose en enormes masas enfocadas en la capacidad locomotriz y depredadora, uniendo sus piernas y brazos de la forma de los ciliados a las nuevas partes quitinosas que recordaban a húmedas patas de insectos, y exponiendo amorfas cavidades bucales orientadas hacia todas direcciones. No necesitó ver mucho más, y desistió en aturdirlos de alguna forma. Se dio media vuelta sin saber exactamente qué hacer, más que echar a correr.

—¡GERÓNIMOOOO! —gritaba corriendo por el corredor de vuelta al nivel superior, meneando las largas y desgarradas piernas.

Mientras tanto, buscando el camino de regreso a la sala donde habían dejado la Tardis, Ada, Fran y Luis se las arreglaron para no saber hacia dónde tenían que ir al llegar a la bifurcación donde se unían los cuatro pasillos. Estaban dispuestos de manera circular y equidistante, y una apresurada discusión les llevó a tomar el segundo pasillo a mano izquierda, aunque Fran insistía en que el correcto era el primero hacia la derecha. Sin discutir más, Ada se lanzó a la carrera por aquel que creían ella y Luis que era el correcto. Corrieron y corrieron, y antes de darse cuenta llegaron a otra sala surcada de paredes estáticas pero deformadas tanto como las de la sala de los asientos de los ciliados, con la diferencia de que aquel lugar estaba dividido en rediles de paredes de un metal pulido de no mucho más de medio metro de altura. Parecía no haber portezuelas, ni nada que se le pareciera, y del interior se oían distintos chirridos y correteos.

—¡Oh no! Creo que no era por aquí, no qué va —gimió Luis, sacudiéndose el pelo de la frente con la mano.

—¿Ein? —hizo Ada, adelantándose para mirar por encima de uno de los muretes.

—¡No! ¡Ada, volvamos! ¡No es por aquí! ¡VEN!

Ada pudo echar un vistazo al redil más próximo y en su interior una suerte de trozos de cortezas de árbol claras se agitaron. Enseguida, una cabeza ovoide con dos pares de antenas y mandíbulas de escarabajo emergió desde la esquina más alejada. Asomó dos extremidades y las frotó ante sí haciendo una serie de rítmicos crujidos.

—Joder, madre mía, qué asco —dijo ella, retrocediendo—. Creo que son los corrales de los bichos.

—¡No quiero saberlo! ¡Volvamos!

—Os dije que era el otro pasillo, cojones —se quejaba Fran.

Pero un fuerte pataleo interrumpió su nueva discusión. Sin tener tiempo de preguntarse qué pasaba, de los rediles más alejados a ellos se escucharon varias sacudidas apresuradas, como de multitud de patas enormes intentando escalar los pequeños y lisos muros. Los límites de los muros eran tan bajos que parecía impensable que los grandes insectos no fueran capaces de recorrerlos sin dificultad, pero en realidad, su diseño de superficie esmerilada a nivel molecular impedía a cualquier clase de artrópodo engancharse con sus patas y escalarlos, independientemente de su tamaño. El tamborileo de pesadas patas fue solo el principio. Un siseo burbujeante acompañó al sonido característico de una res abierta brutalmente en canal, y un pedazo de carne rosada y sanguinolenta, cubierta por un lado de denso y erizado pelo negro, salió lanzada desde uno de esos rediles. De inmediato, muchas criaturas más pequeñas, parecidas a cangrejos de río pero cubiertas de vello azul, aparecieron en mitad del pasillo que cruzaba la sala entre los compartimentos, trepando por la masa carnosa, que se agitaba y retorció como si pensara. Daba la impresión de que aquello eran los restos de un animal que los pequeños insectos hubieran estado devorando vivo, pero al tiempo que el pesado trozo de

carne los dejaba escapar, se agitaba y bufaba como con voluntad propia, supurando y recogiendo a un mismo tiempo partes que simulaban trozos de otros insectos más grandes.

—¿Qué es esa mierda?! ¡¡Vámonos, ¿no?! —gritó Fran.

Un furioso rugido, tan fuerte y visceral como para hacer temblar sus órganos dentro de las cajas torácicas, les sumió en un repentino pánico a nivel primordial, completamente instintivo. Y no ayudó a nada ver que el resto de la masa carnosa y peluda saltó del redil con un pesado sonido líquido, pataleando con furia contra el suelo y los muretes de los demás compartimentos, lanzando por los aires pedazos de los insectos azules y alguno que otro entero que aún correteaban a su alrededor, aplastando a la mayoría con pesados pisotones y al arrastrar el amorfo cuerpo por el corredor. Parecía estar intentando buscar a ciegas la manera de ponerse de pie, como lo haría una repugnante araña gigante, ciega y moribunda, que reventara, asada y asfixiada, encima de un radiador. Varias de las patas con las que se zarandeaba parecían coger mediante alguna clase de habilidad adhesiva a los insectos parecidos a cangrejos de río, y atraerlos hacia sus múltiples bocas, que aparecían y desaparecían continuamente por su contorno, como si no cesaran de hundirse y reflotar en un mar de carne líquida.

Los pequeños insectos azules (que en realidad eran tan grandes como un antebrazo) dirigieron con inquietante decisión su supuesta huída hacia los tres amigos.

—¡No, no, nooo! —grito Ada, temblando de miedo y visceral repulsión.

—¡Que nos vayamos! ¡Luis, que la traigas! —gritó Fran.

Luis reaccionó y avanzó los cinco pasos que le separaban de Ada para cogerla de un brazo y tirar de ella con fuerza.

—¡Ada, hay que irsee! ¡No los mires! ¡Vamos!

Cerró la mano con fuerza por encima de su codo, haciéndole verdadero daño, y consiguió hacerla reaccionar en el mismo momento en que la cosa amorfa encontraba la manera de empezar a moverse con soltura; los insectos azules la precedían, y no había manera alguna de saber si estaban huyendo de ella o atacándoles a ellos.

Ada se volvió y pese a sentir las piernas temblando de una debilidad producto del verdadero pánico, echó a correr detrás de Luis. La cosa silbaba y bufaba a sus espaldas, y al momento de entrar en el corredor, volviendo por donde habían llegado, oyeron un horrible aullido que la peculiar arquitectura y material hacía oírse como si “eso” les gritara desde delante. Al mismo tiempo, el tintineante sonido de las patitas de los insectos azulados les ganaba terreno. Eran muy rápidos.

—¡Deprisa, deprisa! ¡Esos bichos asquerosos nos van a coger! —gritó Luis casi sin aire, no por la carrera, sino por su estado emocional, próximo al shock.

El repiqueteo de pequeñas y múltiples patitas se hacía más y más intenso, y cercano, y el arrítmico retumbar de las repugnantes y mal remendadas patas de aquello otro empezaba a ensordecerlo.

—¡La cosa viene! ¡ESA COSA NOS PILLA! —gritó Fran, adelantado a sus dos amigos, pero sabiendo que no estaban corriendo lo suficiente.

La intersección entre pasillos apareció ante él, y al mismo tiempo vio aparecer al Doctor saliendo de un pasillo para entrar a otro, a toda velocidad.

—¡DOCTOR! —le gritó, convencido de que ya se había ido y no le había oído.

Pero el Doctor retrocedió, y miró a Fran con el ceño fruncido. No se explicaba qué hacían corriendo desde ese pasillo, le parecía que el camino de regreso hasta la Tardis no habría tenido pérdida. La vibración de alerta de explosión de la nave se hizo más fuerte.

—¿Qué hacéis?! —preguntó el Doctor cuando Fran llegó hasta él sin aliento y tan desesperado.

—¿Por dónde?! ¿¿Por dónde tenemos que volver?? —le gritó, cogiendo de los brazos al Doctor y zarandeándolo.

—¡Eh, eeeehhh! —la voz de Luis, desde donde se veía el pasillo, atrajo su atención—. ¡No os quedéis ahí! ¡Corred!

Detrás de él apareció Ada, hasta donde podía verse. Y tras ella un batiburrillo de insectos que se agolpaban y rebotaban unos contra otros, resbalando de la pared tubular sobre la que intentaban escalar solo para volver a caer y ser arrastrados por la marea que formaban. Y entre ellos, una masa negra de pelo y carne, tan grande que casi ocupaba todo el túnel, rodaba y pataleaba con multitud de muy distintas extremidades, silbando y rugiendo, y a punto de alcanzarlos. Muchos insectos eran chafados y se pegaban a su informe contorno mientras rodaba. Las pequeñas criaturas tan pronto volvían a caer como que eran asimiladas por la criatura. El Doctor comprendió apenas lo que estaba viendo.

—¡Corred vosotros! ¡Maldita sea, corred! —les animó él, corriendo a su encuentro.

Levantó ante sí el destornillador sónico, y consiguió con ello alterar la química en los cerebros de los insectos y hacer que dejaran de huir y se amontonaran unos sobre otros formando una precaria barricada contra el avance de la enorme cosa. Enseguida se cruzó con Luis, que al verle pasar de largo se detuvo y volvió a mirar. Ada estaba muy atrás.

—¡Corre, Ada, CORREEE!

El grito del Doctor le llegó en el momento mismo en que el nauseabundo ser se alzó sobre la barrera de insectos, echando a rodar hacia la pared primero y luego hacia el techo sin ningún esfuerzo, dada la velocidad que llevaba.

—¡NO! ¡NOO! ¡NOOOOOOO! —gimió con horror el Doctor, aún corriendo y haciendo chirriar la luz verde del destornillador sónico, anticipándose a lo que iba a pasar—. ¡NOOO ADAAAAAA...!

El ser cayó desde el techo y hacia delante, proyectado por su velocidad y fuerza al rodar. Con la velocidad de un parpadeo, abrió la irregular esfera de su cuerpo en dos mitades y cayó sobre Ada sin que ella ni siquiera lo viera. Se cerró, envolviéndola como una versión infernal del comecocos hasta la altura de sus pantorrillas, y partiéndole los tobillos al hacerla sostener su peso en la caída. El Doctor pudo oírla gritar ahogadamente en ese momento, mientras la cosa rodaba de lado y se dejaba columpiar por el contorno del pasillo, con los pies rotos, descolocados, de la chica colgando entre sangre y hueso. Parecía estarla saboreando.

Alrededor, el ser zarandeó las patas con excitación y comenzó a generar nuevos y largos cilios y tentáculos, que estiró hacia el Doctor. Los esquivó a duras penas, retrocediendo. La cosa, como si buscara recrearse en lo que el Señor Del Tiempo sentía en ese momento, se abrió. Dentro, Ada estaba recorrida cuan larga era de heridas profundas como las de un mordisco de enorme tiburón, y enseguida, de toda la viva carne visceral del monstruo, se movieron hilos verdes y amarillos de repugnantes texturas, que buscaron cada herida abierta y se hundieron en ella, removiéndose, penetrando y perforando la carne de Ada. Su cara estaba hundida a la altura del pómulo izquierdo como por un terrible golpe, pero seguía consciente. Su ojo derecho, pegado a la carne de la cosa, le miró. No había nada. Nada de lo que había sido Ada. Solo había un abismo de horror y de dolor. Ella gemía. Intentaba hablar pero solo exhalaba gemidos, mientras toda la cosa entraba de aquella manera inimaginable en

ella. Más tentáculos, viscosos y surcados de gordas espinas quitinosas, la envolvieron y apretaron, la retorcieron, haciendo crujir sus rodillas, caderas, codos y costillas por la torsión, deshaciendo y arrancando toda la ropa. La estaba devorando viva.

Los ojos del Doctor se humedecieron de horror, impotencia y compasión.

—¡Ada...! —gimió Luis desde más lejos, llorando de auténtico espanto.

El Doctor se dio cuenta de que la criatura intentaba atraerlo, hacerle creer que podía salvar aún a su amiga. Los tentáculos se zarandeaban cada vez más y más lejos. Él retrocedía mientras el ser latigueaba sus vísceras alrededor, intentando alcanzarle. Retrocedió aún más, y la cosa se volvió a cerrar en torno a Ada, que de nuevo comenzó a gritar, su mente retraída de todo sentido que no fuera el del dolor y la pesadilla de asfixia que se cernía de nuevo sobre ella.

—¡Vámonos! ¡Vámonos de aquí!

El Doctor decía esto a Luis, cogiéndole de los hombros y haciéndole volverse.

—¡Ada...! —balbuceó Luis. Lloraba.

—¡Ada ya no está! —dijo el Doctor, secándose sus propias lágrimas con el puño de su chaqueta—. Tenemos que irnos, o moriremos todos. ¡Si salimos de aquí con vida quizá podamos recuperarla!

—¿Pero qué dices, maldito loco? ¡¡Está muerta!! ¡Se ha muerto por tu culpa!

Luis se lamentaba pero se dejaba guiar de los hombros por el Doctor hasta la intersección.

—Ya discutiremos sobre eso... pero si queremos tener alguna posibilidad de volver a verla, lo primero es regresar a la Tardis.

—¡Doctor! ¡Doctor, mira, corre! —le llamó Fran.

Apresuró el paso sin soltar a Luis, y al llegar a la bifurcación entre pasillos pudo oírlos. Los ciliados transmutados, arrastrándose por aquel corredor, siguiéndole. ¿O iban a otro lugar?

—¿Son más cosas de esas?! —preguntó Fran, oyendo los horrible alaridos.

—¡El camino de regreso es por aquí! —atajó el Doctor, dirigiéndose hacia el pasillo correcto de regreso. Pero lo que vio le hizo detenerse en seco y volverse hacia Fran—. Vale, tenemos un problema.

—¿Qué?!

El Doctor señaló con el pulgar hacia el corredor por encima de su hombro. Fran miró y vio al enorme y repugnante insecto que habían aplastado con la Tardis avanzando a trapies por el corredor. Se había alzado sobre un par de piernas que imitaban las de los dhim, y de la mitad arrancada por el peso de la Tardis colgaban vísceras y pedazos de otros insectos: cabezas, patas e incluso pares de alas sacudiéndose como si estuvieran atrapadas. Toda la carne burbujaba inquieta, como si en cualquier momento todo ello fuera a cambiar a ser otra cosa.

—¡El peazo bicho!! ¡¿Es un monstruo?!

—Solo nos queda un camino posible. ¡Seguidme, si queréis vivir!

Agarró del brazo a Luis del mismo modo que había hecho él mismo con Ada minutos antes, y lo arrastró con él. Fran empezó siguiéndoles, turbado al saber que no tenían escapatoria. No tardó ni dos segundos en adelantarles.

—¿A dónde vamos, qué estamos haciendo?!

—¡A donde no haya de esas cosas! ¡No lo sé! Creo que por aquí se va hacia el puente. ¡Sigue corriendo, Fran! —le animó el Doctor.

Un coro infernal de aullidos y bufidos se concentraba a sus espaldas, todas las criaturas revolviéndose unas contra otras en la estrechez del corredor.

El Doctor cargaba con un Luis que parecía haber perdido toda gana de vivir. El amiguito de Ada, como él lo llamaba, a duras penas arrastraba los pies, llorando a moco tendido y dejando buena parte de su peso ser llevado por el tripulante de la Tardis, que le había pasado un brazo por la cintura para ayudarle a caminar como a un herido de guerra.

—¡Luis, no es el final, ni el de Ada ni el nuestro! ¡Olvida que la has visto morir! ¡Sé que es difícil, pero cuando descubra lo que está pasando y regresemos a la Tardis, será como si nada de esto hubiera pasado...

Hablaba tan rápido como de costumbre, procurando aguantar las lágrimas. Sabía mejor que nadie que podía darle la vuelta al desastre, pero ver morir a Ada de aquella horrible manera... Fuera lo que fuera aquello, había digerido a su amiga y acompañante, volviéndola probablemente tan parte de ello como lo eran la tripulación de los dhim y algunos de los insectos...

Casi a rastras, el Doctor llegó con Luis al final del pasillo, que se volvía una estrecha pendiente caracoleada hacia la izquierda y ascendente. No veía a Fran, pero no había otro camino que seguir. Empezaron a subir.

—¡Fran! ¡¿Estás por ahí?! —llamó, esperando que estuviera bien—. ¡Deberías esperarnos!

—¡Sí, Doctor, aquí arriba!

Al terminar de recorrer la pendiente en espiral, llegaron a una sala muy alta, dividida en dos partes por una plataforma horizontal. Ante ellos, donde se encontraba Fran, una serie de máquinas surcadas de luces, muy parecidas en su disposición a terminales de una torre de control de aeropuerto, pero con toda una exagerada variedad de colores, zumbaban de manera constante y aumentando sensiblemente su intensidad. Daba la impresión de que estaban acumulando energía para explotar.

—¡Todo esto da la impresión de que esté a punto de explotar! —gritó precisamente Fran sin necesidad, pues el Doctor y Luis ya estaban a su lado.

—¡Qué diablos! ¡¿Qué criaturas son estas?! —oyeron exclamar a una voz femenina sobre ellos—. ¡¿El catálogo de monstruitos es variado, ein?! ¡¡Subid aquí, subid, monstruos!! ¡¡Yo misma os reventaré, no necesitáis esperar a la explosión crítica!!

Su dicción era tan pastosa como la de las criaturas ciliadas imitadas, pero su pasión al hablar les reveló de manera instintiva que la hembra ciliada era real. Se alzaba ante ellos al final de la pasarela central que subía hasta la plataforma superior. Su uniforme reglamentario estaba destrozado a la altura del pecho y del brazo izquierdo. El plano torso desnudo, recorrido de diminutos cilios, estaba herido de manera superficial pero bastante grotesca: tres largas heridas desde el lado derecho del pecho y hasta el antebrazo izquierdo, como si se hubiera escapado de las garras o el mordisco de algún monstruo a costa de todo ese dolor. Las heridas tenían una cicatrización avanzada, pero al tiempo presentaban una serie de úlceras parduscas, que a simple vista no se podía decir si eran grupos de pequeños cilios heridos y enrollados, u otra cosa. Sus ojos tenían una predominancia de color amarillo en los iris, y el cráneo exterior estaba teñido de un suave color verde. La hembra era el espécimen más grande y fuerte de los que habían visto hasta el momento, y el modo en que se movían los cilios de su piel, de forma totalmente aleatoria pero con una convergencia hacia el centro de su cara (que sin duda denotaba su beligerancia), demostraba, al menos hasta donde podía saber el Doctor, que ella sí era real.

Cargaba entre sus grandes manos de vibrantes cilios un pesado artilugio que sin duda era un arma: con empuñadura, forma compacta y angular, y el extremo del cañón, que era en realidad un par de electrodos de algún tipo unidos por una tenue línea de energía violeta. Lo mantenía dirigido hacia ellos.

—¡No dispires! ¡No somos enemigos! ¡No somos esas cosas! —gritó enseguida el Doctor, soltando a Luis, que se dejó caer al suelo, quedándose de rodillas. Se guardó en el interior de su chaqueta el destornillador sónico, no fuera que lo creyera una amenaza.

—¡Muy conveniente resulta que unas criaturas alienígenas hablen mi idioma! ¡¿Te crees que soy estúpida, cosa?! ¡¿Vais a volar todos en pedazos!! —declaró la ciliada, pero mostrando cierta duda, al ver a Luis sollozando tan desesperado.

—No te pido que creas lo que decimos, pero mirános —dijo el Doctor, señalando al asustado y desesperado Fran y al derrotado Luis—. ¡Puedes fiarte de lo que sentimos!

Él mismo tenía los pequeños ojos verdes vidriosos. No se le iba de las retinas la imagen en movimiento de Ada siendo asimilada por la cosa. Se resistía a llorar, sin embargo.

—¿Qué sois? ¿De dónde habéis salido? —preguntó ella, sin saber por qué lo hacía. Estaba confundida y asustada. No pensaba correr riesgos. De todos modos, la nave iba a reventar, y nada ni nadie lo iba a impedir.

—Hemos oído tu mensaje de advertencia. ¡Hemos seguido tu señal!

—¿¿Qué?? Si eso fuera verdad no habríais venido. ¡En la vida se os hubiera ocurrido!

—No es como crees... el mensaje llegó hasta nosotros segmentado. Somos viajeros del tiempo, tu mensaje no ha llegado nunca a los tuyos, ¡se ha perdido en una distorsión temporal generada por vuestro disruptor cuántico! Cualquier criatura del universo que reciba tu mensaje lo hará miles de años antes o después de que existas, y seguro que nadie, en ningún momento, tendrá tu mensaje completo —explicó el Doctor hablando muy rápido y poniéndose en el centro de la pasarela, defendiendo de la trayectoria del arma a los alicantinos.

La ciliada pareció dudar de nuevo. Los cilios de su piel se disgregaron en diminutas olas en distintas direcciones. Pero aún no bajaba el arma.

—¿¿Y vuestra nave?! ¡¿Dónde está vuestra nave, criaturas?!!

—Es una pequeña cápsula que he aparcado en una de vuestras cubiertas, un nivel más abajo. Pero no se puede volar con ella mientras vuestro motor hiperlumínico siga distorsionando el espacio-tiempo alrededor de esta nave...

—¡Idiota! ¡Ahora sí que sé que no sois cosas de esas...! —rugió la ciliada—. ¡No quiero usar tu nave! ¡¿Esas cosas querrán usarla!! ¡¿Entiendes?!!

—No podrán entrar. Solo yo decido quién entra.

—Acércate, estúpido, acércate. No te voy a hacer nada...

La dhim empezó a bajar la rampa con el arma apuntando hacia el suelo, sujeta por su mano derecha. La izquierda se la llevó a un bolsillo trasero de su uniforme y extrajo un pequeño tubo de metal con varios botones. El Doctor se acercó a ella al mismo tiempo, con ambas manos abiertas, mostrándose colaborativo. Con una rapidez propia de una artista marcial, la ciliada le golpeó con el tubito sobre una de sus muñecas, produciéndole un leve pinchazo.

—¡Auch! ¡Oye, avisa al menos! —protestó él, mirándose la muñeca y frotándosela con la otra mano.

—¿Ves esto? —le indicó la ciliada, señalando las extrañas úlceras alrededor de sus heridas—. Son nanorobots médicos combatiendo la infección de esas malditas criaturas. Cuando te

tocan, ya estás muerto. Si tienes mala suerte, y tocas algo que han tocado, estás muerto. Una sola célula impregnada en tu piel fagocita a las demás y las convierte en parte de ella. Los nanorobots retrasan la infección pero no la detienen... nada la detiene. Ni siquiera la amputación, porque se filtra por la sangre a nivel molecular. Infecciones bacteriológicas, víricas, de cualquier tipo. Es capaz de replicar cualquier tipo de célula orgánica y funcionar como ellas. Estáis todos muertos. Ya sois cosas. Mírate la mano.

El Doctor se miró la palma de su mano izquierda, aquella con la que se había apiadado del gran insecto aplastado por la Tardis, y que había visto solo dos minutos antes caminar torpemente erguido, rezumando horror todo ello. La piel se le recorría de estrías negras y duras, de las que partían ramificaciones igual de gruesas, como si de viejas raíces de árbol se trataran. Se volvían ocasionalmente duras, entorpeciendo el movimiento de todos los dedos y la propia mano... hasta la muñeca. Al momento la parálisis se relajaba, y al instante volvía a aparecer. Los nanorobots libraban auténticas batallas a velocidades vertiginosas, batallas que ganaban una y otra vez, pero tras las cuales, a pesar de todo, iban perdiendo terreno.

El Doctor se daba cuenta del poder inimaginable y demencial de aquel enemigo, capaz de mimetizar incluso la biología de un Señor Del Tiempo. Por primera vez en miles de años, un escalofrío le recorrió de pies a cabeza, acompañado de sudores fríos, al comprender lo que estaba viendo: si esa criatura era capaz de llegar a tocar a Dios, se volvería Dios mismo.

—¿De dónde han salido estas cosas?! —susurró.

Pero su pregunta quedó sin respuesta. El intenso y constante incremento de vibraciones de la nave se detuvo súbitamente. Un silencio que ponía los pelos de punta los envolvió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fran sin pensar.

—El motor de disrupción... —susurró la ciliada, con su voz pastosa—, ¿detenido? No es posible. ¡No es posible! Desarmé los capacitadores, ¡repararlos y recuperar el control del motor les llevaría días enteros!

—Pues han encontrado otra manera —contestó el Doctor, aún abrumado del poder de aquella infección, sin dejar de mirarse la mano—. Esto pica. Mucho.

—Es la lucha de los nanorobots —explicó ella, con desidia—. Esto no puedo permitirlo. Tengo que poner en marcha de nuevo el maldito motor. Esta nave debe ser destruida. Debemos morir todos aquí.

—Mis amigos no están infectados. ¡Debes dejarles ir! —suplicó el Doctor, volviéndose a mirarles.

Luis seguía en el suelo, apoyado sobre las manos y las rodillas. Fran le devolvió la mirada abriendo las manos y encogiéndose de hombros, como preguntándole qué iban a hacer.

—Eso lo dices tú, pero no lo sabes seguro. Y no me quedan nanorobots para inocularles y comprobarlo...

La dhim tiró con rabia el tubo, y el Doctor lo siguió con la mirada vidriosa hasta verlo rebotar contra la pared. Luis se incorporó al fin pero seguía en un estado de abatimiento tal que apenas parecía ser consciente de lo que hablaban.

—No quiero que ellos mueran, ¿sabes? Yo les he metido en esto —el Doctor miraba a Luis, lo que estaba sufriendo por su amiga muerta—. No se merecen perder la vida en esta batalla.

—Vuestras vidas, criaturas, me dan bastante igual. Esta infección no va a salir de aquí. Lo hago por mi raza, y por cualquier otra que exista en el universo. No sé quiénes sois o qué sois y muchas más preguntas van a quedar sin respuesta, para mí y para vosotros... Pero nadie se va de esta nave, ¿lo entiendes? —La ciliada volvió a empuñar su arma con ambas manos y

ejecutó unos movimientos de dedos que produjeron un accionamiento mecánico. Acababa de amartillarla, preparada para disparar—. Es cuestión de tiempo que los infectados perdamos el control. Sin darnos cuenta ya no seremos más nosotros mismos, y nadie sería capaz de notarlo hasta que fuera demasiado tarde. Lo entiendes, ¿verdad? Lo veo en tu cara, sabes lo que significa esta... cosa.

—La muerte... de todo... —dijo el Doctor, mirando al vacío.

—La muerte sería preferible —le rebatió ella—. Quizá tú tengas más tiempo, pero yo voy a dejar de ser “yo” en el momento más inoportuno. ¡¡Quiero reventar con esta nave condenada antes de que pase eso!! ¿Tu nave tiene armas? ¿Podría destruir esta?

—No, no creo en las armas. La Tardis no dispone de ninguna —rechazó el Doctor, sacudiéndose el pelo con la mano sana, y dándose cortos paseos ante la hembra dhim. Ella era tan grande que casi doblaba en estatura al Doctor—. Pero... Con el disruptor cuántico desactivado, la Tardis podría despegar. Y podría llevarse toda vuestra nave con ella.

Esas últimas palabras las dijo muy despacio y volviéndose a mirar a la ciliada.

—¿Para qué serviría eso, estúpido alienígena? —rezongó.

—Si no podemos destruirla aquí, podemos enclaustrarla en un espacio inamovible del Vórtice espacio-temporal. Dejarla aparcada en él para siempre, fuera del espacio, fuera del tiempo. Y luego destruir la Tardis. Destruir ambas naves. Puedo hacer eso. Es más, ¡debo hacerlo! —volvió a mirarse la mano que picaba. El picor ya se le extendía hacia el codo—. No puedo permitirme dejar al alcance de esas cosas todo este poder. Mi Tardis tiene un importantísimo componente llamado el Imprimátur de Rassilon... Si consigo retirárselo, será aplastada por las poderosas fuerzas del Vórtice, y vuestra nave con ella. Dejarán de existir.

—Hagamos eso directamente, entonces... Tú y yo —sentenció la ciliada, poniendo su gran mano sobre uno de su hombros.

En ese mismo momento se oyó el horrible alarido de uno de esos monstruos. Subía hacia el puente por el pasillo.

—¡Ya vienen! —gritó Fran, agarrando a Luis y apartándole lo más lejos posible de la entrada al puente—. Estamos atrapados, ¡vamos a morir!

Por la leve pendiente apareció la cabeza del insecto aplastado en la Tardis, rodeado de trozos y cabezas de otros muchos insectos. Correteaba sobre cuatro piernas de la raza ciliada, desnudas. La perfecta pero grotesca imitación de todas esas formas de vida combinadas era perversa y repugnante. Ante la mirada de los cuatro, el monstruo se partió por la mitad como una gran planta carnívora, volviéndose por entero unas enormes fauces, y empezó a trotar con torpeza hacia el grupo, acompañando su carga de un ensordecedor bramido.

La ciliada se adelantó y soltó un largo haz de energía violeta sobre la criatura, justo en medio de las enormes fauces. La carne empezó a cuartearse como quemada y el monstruo se dejó caer a un lado, retorciéndose entre aullidos. La ciliada siguió disparando, arrojando ese chorro de luz sobre todas las repugnantes imitaciones que afloraban alrededor. Todo se quemaba y retorció como pedazos de papel en fuego, pero enseguida nuevos apéndices rompían la carne cuarteada y buscaban algo que atrapar.

—¡Tenemos que irnos! ¡Si vamos a hacer algo, debemos hacerlo ya! ¡Tenemos que pasar a través de ellos y no dejar que nos rodeen! —le gritó al Doctor la ciliada— ¡Coge a tus amigos y salid de aquí!

—¡Luis, Fran! ¡Moveos, vamos!

Los dos alicantinos pasaron por detrás de la ciliada, que asediaba a la criatura contra la pared, sin dejar de disparar.



—¡Este arma les hace daño, pero no es más que algo temporal! ¡Hay que darse prisa! — gritaba la ciliada.

El Doctor volvía a bajar por la pendiente en forma de caracol, esperando a Fran y a Luis. Éste último se movía como en una letanía algo morbosa que le crispaba los nervios.

—¡Luis, vamos! ¡Están en juego no solo nuestras vidas, sino las de todos en el universo!

—¡¿Qué vamos a hacer?! ¿Cómo vamos a salir de aquí? —le preguntaba Fran, corriendo a su lado.

—No creo que ninguno salgamos de aquí, Fran. Ahora mismo tenemos problemas más graves. Si no hacemos algo antes de que este “ser” se convierta completamente en mí —alzó su mano izquierda, recorrida de costras negras intermitentes a la vista—, este viaje será el más desastroso y terrible que habré hecho nunca a lo largo de mi milenaria existencia. ¡Seguidme! Debemos volver a la Tardis y hacer juntos el último vuelo, ¡un despegue épico hacia la nada, con tal de salvar toda vida que haya existido y que existirá!

El Doctor intentaba contagiar algún optimismo a los terráneos, pero la idea de cobrarse tres vidas inocentes (pues no contaba la suya propia) en aquella cruzada por impedir la proliferación de las cosas sin nombre, le pesaba demasiado. Primero Ada. Luis y Fran, como mucho, podían aspirar a una muerte más rápida y plácida. Pero nada más.

La ciliada les alcanzó con su rápido trote y se puso en cabeza.

—Sois demasiado lentos —les dijo—. ¿Dónde está vuestra nave? Esa “Tardis”, como tú la llamas...

—Se encuentra pasada una sala con asientos deslizantes, y siguiendo los corredores hasta una gran sala redonda que...

—Sí, sé dónde dices. Pues seguid vosotros. Os alcanzaré... —dijo ella, empezando a correr más deprisa.

—Espera, ¿a dónde vas? —le preguntó el Doctor.

—Tengo que ver qué le ha pasado al motor de distorsión. Si hay alguna posibilidad de hacerlo estallar ahora mismo, ¡debo hacerlo!

—Si lo reactivas, mi nave no funcionará —explicó él—. A no ser que lo recalibres para un funcionamiento normal...

—De eso nada —se negó la ciliada.

—Entonces, si lo reactivas, quizá pueda quedarme yo aquí pero refugiar a mis amigos en la nave... ¡Insisto en que no deben estar infectados!

—¿Crees que tu extraña nave resistirá una explosión de taquiones sin control? —le replicó con impaciencia.

—No solo es extraña... sus cualidades son harto peculiares... —añadió él con algo de misterio.

—Toma —ella dejó que le alcanzara mientras corrían para desacoplar la mitad de su gran arma y entregarle un pedazo—. Así tiene la mitad de intensidad de disparo, pero no me cabe en conciencia dejaros corretear desarmados por estos pasillos llenos de cosas.

El pedazo del arma que puso en sus manos era muy pesada y le desbordaba en las manos. Consistía en la parte del arma que montaba el electrodo superior, mientras que la ciliada se había quedado con el inferior. Comprobó que, abrazando el gran gatillo con todos los dedos de su mano, sería capaz de tirar de él para disparar.

—No me vengas con eso de que no crees en las armas. ¡Es un buen día para empezar a hacerlo!

Y diciendo aquello, empezó a correr a su velocidad natural, desapareciendo de inmediato más allá de la suave curva del corredor.

—¡Uala! ¡Ya podíamos correr así! —bufó Fran, admirado.

—¡Tendremos que conformarnos con nuestras piernitas de tamaño humano! ¡Corred!

La ciliada corrió a toda velocidad hasta la intersección entre los cuatro pasillos y tomó el corredor descendente hacia la sala del motor de disrupción. Antes de llegar ya sabía que algo iba mal. Silencio absoluto. Ni el sonido deslizante del fluido de protección hiperlumínica, ni el chisporroteo seco y tranquilizador del arco de taquiones del generador. Solo silencio. Absoluto. Redujo el paso y alzó ante sí el arma de rayos. Avanzó hasta acabar la suave pendiente hacia la sala y... Lo vio.

La sala de vidrio que contenía las dos partes del motor de disrupción estaba llena de carne. Un batiburrillo de cosas que eran en parte congéneres suyos, insectos, algunas formas vegetales y otras cosas indescriptibles, se agitaban apretadas contra la pared de cristal, tomando toda su capacidad de volumen como lo haría un líquido en cualquier recipiente. Al principio pensó que era un conglomerado de criaturas hacinadas de manera imposible. Pero avanzó hasta la sala de cristal, y aunque había rostros dhim y de insectos moviéndose con independencia, no había división o diferencia entre los cuerpos. Se encontraban unos a otros unidos como una argamasa. La descomunal y pesada plasta carnosa giraba muy despacio, y su densa masa, se imaginaba ella, debía estar interponiéndose entre los grandes electrodos de tensión gravitatoria de la máquina.

Se acercó varios pasos y alzó el arma. Pulsó el gatillo a discreción, haciendo arder el cristal. Trozos al rojo vivo del vidrio se desplomaban empujados por la carne de la cosa, que rezumaba por los orificios, quemada, mientras las caras de ciliados y cabezas de insectos próximas a las heridas aullaban con voces impropias de su naturaleza original.

El grueso y duro vidrio empezó a resquebrajarse mientras la hembra dhim dirigía los chorros de rayo violeta contra la carne que se desparramaba por todas partes. Los cilios de su piel se crispaban en cortos y alternativos trazos irregulares, como si una mano invisible dibujara nerviosos y efímeros trazos cortos a lo largo de su piel. Sabía que no podía, pero deseaba quemarlo por completo con sus propias manos, usando su arma. La cosa empezó a disgregarse en trozos cauterizados, dejándose rodar en distintas direcciones. Intentó seguir con los disparos cada trozo, pero tuvo que moverse para esquivar los tentáculos que alguno de ellos lanzaba a su alrededor, como esperando darle alcance mientras se movía. Las placas cauterizadas de la carne monstruosa enseguida se rompían como una fina capa de cristal sobre el magma, y nueva carne monstruosa brotaba hambrienta.

—¡¡Malditas cosas!! ¡¡Vais a reventar!! ¡¡VAIS A REVENTAR!!!

La ciliada gritaba así de pura rabia asesina, imbuida de sed de venganza y de la desesperación de imaginarse aquel horror esparcido por todo el universo. La gran masa que envolvía el motor por fin empezó a derrumbarse, al verse buena parte de la carne que la sostenía separada en trozos más pequeños por toda la sala. Cayó, rompiendo con su peso y su todavía gran envergadura todo el cristal, haciendo saltar trozos enormes en dirección a la hembra dhim. Ella fue capaz de desviar un gran pedazo afilado que la iba a alcanzar poniendo el arma ante sí. El fusil de rayos se partió en dos chisporroteando y quemándole parte de los brazos sobre los codos. Gritó, cayendo de espaldas al suelo y manoteando de horror,

pensando que alguna cosa aprovecharía para echársele encima. Fue capaz de empujarse con los pies y dar una voltereta sobre su cabeza en el mismo momento en que eso ocurría: una sebosa esfera irregular de carne supurante pasaba por su lado, intentando llevársela pegada para asimilarla.

Al momento de ponerse en pie, asustada, tocándose todo el cuerpo, buscando heridas o trozos de la cosa pegada a ella, oyó un poderoso estruendo que venía del motor. Miró, y vio que saltaban chispas: la parte superior del motor de disrupción se partía con el gran peso de la carne que aún se agarraba a ello. Chispas azules y verdes empezaron a quemar la enorme cosa, que sin embargo no soltaba el gran pedazo de la máquina. Metal y carne cayeron aplastando por completo el gran electrodo inferior, que a su vez se hizo añicos en medio de una explosión de energía morada. Arcos eléctricos azules saltaron desde el centro de la masa de carne. Parecía estarse electrocutando, y todo ello rugía. Rugía como una única voz, de dolor, probablemente, pero sin morir. Nada parecía poder matarlo.

—¡No hay motor! ¡No va a explotar! —gimió la ciliada para sí misma, sin poder oírse con el fuerte sonido de los relámpagos y las voces de las cosas a su alrededor.

Sin el motor de disrupción, la nave solo disponía de la impulsión básica sublumínica. Un sistema de motores dobles sobre el casco que podían hacerse explotar, pero que no causarían más que daños superficiales en la nave.

El alienígena. ¿Funcionaría su plan? ¿Era realmente posible?

El Doctor, al tiempo que la hembra dhim libraba su particular batalla, guiaba a los espantados amigos de la desaparecida Ada a través de la nave. Habían pasado la intersección desde la que se iba hacia aquella especie de sótano del motor de distorsión, y seguían por el pasillo de irregulares contornos hacia la sala de los asientos deslizantes. Lo alcanzaron, acompañados de un silencio absoluto.

—Bueno, por el momento nos va bastante bien... —dijo el Doctor sin humor ninguno.

—¿Vamos a volver a nuestras casas o no? —quiso saber Fran, como si se se hubiera iniciado la ronda de ruegos y preguntas.

—Tendría que someteros a una serie de pruebas para las que ahora mismo no tengo ni idea de qué clase de artilugios usar ni para buscar qué exactamente... ¡el destornillador sónico no detecta diferencias entre las células naturales y las imitadas por este ser! —volvió a mirarse la mano izquierda, cada vez más negra y endurecida. Apenas podía hacer temblar los dedos haciendo esfuerzo. No le servía para nada más que apoyar el gran pedazo de arma que le había entregado la ciliada—. Y eso no puede ser una buena señal...

—¡Eres un maldito idiota! —rugió Luis, de repente, a espaldas de los dos.

Estaban a punto de abandonar la sala de los asientos, y Luis se había detenido en mitad de ella. Se volvieron a mirarle.

—Escucha, ¡sé lo que sientes, créeme! No voy a ser tan hipócrita de decirte que voy a echar de menos a Ada tanto como tú, porque no podría, solo la conozco de hace dos semanas y...

—¿Qué dices?! ¡¿Cómo te atreves?! ¡¿Te estás riendo de nosotros?! ¡¿Eh?! —le interrumpió Luis.

—Luis, tranqui, tío, tenemos que... —quiso calmarlo Fran, aunque él mismo tenía los nervios crispados de terror.

—¡Cállate tú! —rugió Luis—. ¡¡Nos has traído aquí a morir!! ¡¡No te conocemos de nada!! ¡¡Apareces de golpe con Ada, nos llevas a no se sabe dónde y ya está!! ¡¡Ahora vamos a morir, y punto!! ¡¡Y lo dices tan tranquilo!!

—Luis —quiso conciliar el Doctor, acercándose a él—. Sí, tienes toda la razón. Todo esto ha sido una necedad, ¡te lo reconozco! Pero si no seguimos adelante ahora, no sabemos hasta dónde pueden llegar estas criaturas. Debemos detener esta infestación aquí, porque...

—¡Doctor! ¡Luis, no, no, moveos...!

El grito de advertencia de Fran llevó al Doctor a empujar a Luis a un lado y alzar el arma de rayos. Desde el otro extremo de la sala, pasando entre los sillones, un grupo de insectos se movía a toda velocidad hacia ellos. Eran completamente silenciosos, no haciendo más ruido que el de sus patas tintineando sobre el suelo. Algunos eran grandes como perros, otros pequeños como ratones. Al principio, el Doctor dudó en disparar, su compasión le impedía disparar a simples criaturas vivas, animales al fin y al cabo. Pero distinguió que todos los seres se entrelazaban en una especie de gran chicle: una maraña de carne roja y delgados tentáculos verdosos que se sacudía entre todos ellos, como comunicándolos en la forma de un infernal tiro de trineo.

—¡Vamos, moveos! ¡Es otra de esas cosas! ¡Corred!

Tras dar esa orden, el Doctor abrió fuego con el gran arma. Un intenso y continuo haz violeta golpeó la avanzada de insectos transmutados. El grupo se agitó como una sola criatura viva. Rugió por entero desviándose hacia un lado, quemándose, hasta chocar de frente contra uno de los asientos, que por el golpe empezó a deslizarse, rebotando contra la pared. El Doctor interrumpió un segundo el chorro de rayos. El grupo de insectos se subió a otro sillón, poniendo tras su respaldo la parte quemada, como protegiéndose de más dolor, y todos los insectos empezaron a romperse como huevos a la hora de eclosionar, mostrando rosetas que parecían vegetales pero con aspecto de mandíbulas, algunos... dejando derramarse algo de pus y manojos de delgados hilos que se agitaban con frenesí, otros. Los insectos ya no eran insectos en absoluto, y todos ellos habían pasado a ser una cosa informe llena de bocas, tentáculos, enormes pústulas exudantes y babas, y que ya dejaba asomar unas largas y gruesas patas duras y negras, como de enorme araña. La criatura se alzaba encima del sillón usando sus nuevas, numerosas y fuertes patas, y cogió impulso.

—¡NO! —gritó el Doctor, adivinando su intención de aplastarle.

El monstruo saltó con gran ímpetu hacia él. El Doctor se tiró al interior del pasillo, dentro del que ya le esperaban Fran y Luis, algo más adelantados. Se esforzó por no perder de la mano derecha la gran empuñadura del arma, que mal le cabía en la mano; tiró de ella, se volvió sobre su espalda y volvió a disparar contra la cosa. Le abrumaba lo rápido que cambiaba y la ferocidad de sus movimientos. Disparó dos veces, proyectando rayos que lo quemaban y mantenían a raya. Pero no lo suficiente. La criatura giraba sobre sí misma, dejando enfriarse las partes heridas antes de volver a orientarlas contra los disparos. Giraba sobre sí misma, con un ágil y tenaz baile circular, al tiempo que avanzaba hacia él.

El Doctor retrocedió arrastrándose hasta ser capaz de incorporarse sobre una rodilla. No podría irse sin que esa cosa le diera alcance... no con esa escasa potencia de fuego.

—¡Eres pertinaz, vaya que sí! —exclamó el Doctor, deteniendo el fuego el tiempo justo para poderse sacar el destornillador sónico del bolsillo interior de su chaqueta—. ¡A ver si esto te baja los humos un rato!

Cogió el destornillador, no sin estar a punto de dejar caer el gran arma, que su entorpecida mano izquierda era incapaz de sujetar. Apretó el arma contra su pecho en el último momento, antes de que se le cayera de entre los rígidos dedos, y con el destornillador sónico en su

diestra, señaló al arma haciéndolo chirriar en puntos clave de su diseño. Acababa de desactivar los reguladores de energía al tiempo que sobrecargaba la pila de munición retroalimentándola con el sistema de refrigeración. En definitiva, acababa de crear una pequeña bomba de energía calorífica.

El monstruo, bufando, ya se cernía sobre él, alzando cuatro de sus patas para darle un mortal golpe y aplastarlo. Pero pulsó el gatillo del arma, la dejó caer ante sí y se tiró al lado contrario dando una sencilla voltereta sobre su propia espalda. Hizo todo esto muy rápido, tanto como jamás había hecho otra cosa en su larga vida (sobre todo hablar). La criatura falló su ataque, cayó con las patas rodeando el arma y el Doctor se disponía a echar a correr tras incorporarse de su voltereta, pero la explosión de energía violeta se produjo de inmediato a sus espaldas. Las patas de la cosa se partieron y su gran cuerpo salió despedido contra el alto techo. La energía de la explosión envolvió su cuerpo y lo quemó convirtiéndolo en carne vítrea, sólida e inútil. Pero también había alcanzado la espalda del Doctor.

El Señor Del Tiempo se retorció por el suelo, convencido de que estaba prendido en llamas, pero no era así. Simplemente la explosión había carbonizado su espalda, desintegrando la chaqueta, la camisa, y destruyendo buena parte de tejido orgánico. Sentía la espalda en carne viva, carne rodeada de llamas, pero solo era una costra de brasas negras. No hacía más que gritar.

—¡Doctor! ¡Joder! ¡Doctor! —gritó Fran, acercándose hasta él, evitando tocar los pedazos grotescos de patas de araña—. ¡Joder, que se nos muere, el tío!

—¡No! —exclamó el Doctor, sobreponiéndose al dolor entre gruñidos— No, muchachos. No voy a morir aún... pero voy a necesitar ayudita para llegar a la Tardis.

Intentaba incorporarse por sí mismo, pero cada vez que se movía, era como si intentara cargar con el peso de aquella nave sobre su cabeza. La rigidez del brazo parecía extenderse rápidamente hacia la espalda desde el hombro. ¿Las heridas aceleraban la infección? Desde luego, esa impresión le estaba dando...

—Cógeme del lado derecho, Fran. Es el más sano. Este otro lado no soy ya capaz de moverlo...

Fran hizo lo que le pedía el Señor Del Tiempo y se pasó el brazo derecho del herido por detrás de su cuello, ayudándole luego a ponerse en pie cogiéndole de la cintura. El Doctor rugió de terrible dolor al empezar a caminar así.

—¡Madre mía, cómo pesas! —dijo Fran, resoplando.

Luis, enfurecido aún, se acercó. Obviando la negativa que hacía con la cabeza el Doctor, lo cogió de la misma manera por el otro lado. El Doctor volvió a gritar de dolor al ser zarandeado así. Cuando se tranquilizó, le habló a Luis.

—¿Eres consciente de que este es mi brazo infectado? ¿Eh?

—Sí... pero, ¿importa eso ya? —le atajó Luis con sequedad, apretando el paso.

Los tres fueron capaces de llegar, trastabillando el Doctor ocasionalmente, hasta la sala donde se encontraba aterrizada la Tardis. No parecía haber rastro de más criaturas: ellos tres ignoraban que la mayoría de ellas se habían juntado en la sala del motor de disrupción para destruirlo y evitar la explosión que las aniquilaría.

Fran y Luis abrieron la puerta para el Doctor y procuraron pasarlo dentro con cuidado. La espalda había dejado de echar humo, pero olía muy mal, y su aspecto era aún peor. El lado izquierdo de su cuello mostraba costras negras ocasionalmente, como muestra de la batalla que aún presentaban los nanorobots de la ciliada. Una batalla fútil.

—¡Acercadme a los controles! —ordenó el Doctor, aunando fuerzas para ignorar el dolor y concentrarse en lo que debía hacer—. Debo programar la Tardis para que sea capaz de arrastrar consigo la nave ciliada al Vórtice. Y luego...

—Luego, la muerte... Ya —sentenció Luis, mirándole operar los mandos, apoyándose sobre la mesa hexagonal para mantenerse en pie sin forzar la espalda.

El Doctor le miró por unos segundos. Sus ojos desprendían compasión y culpabilidad. Pero no podía hacer nada por ellos. El riesgo que se correría al devolverlos a su mundo y tiempo excedía con mucho lo admisible. Continuó calibrando la Tardis para su vuelo. Estaba expandiendo el campo de desmaterialización para abarcar la gigantesca nave que rodeaba la suya y arrastrarla al Vórtice.

—¡Agarraos a algo! ¡Esto puede dar problemas, pero no nos queda otra! —les advirtió el Doctor, agarrándose a la gran palanca de despegue. Y tirando de ella, al fin gritó:—. ¡Gerónimoooo...!

La Tardis empezó a desmaterializarse en mitad de la sala circular de la nave ciliada, y al principio parecía que no iba a despegar. Por dentro, Fran, Luis y el Doctor oyeron a la Tardis quejarse en forma de estridentes chirridos que parecían recorrer toda su estructura.

—¡Vamos, vieja amiga! —gruñó el Doctor—. ¡Puedes con esto y mucho más! ¡Vamos!

La mesa de controles estalló en chispas, el artilugio de cristal del centro se resquebrajó y luego estalló en pedazos, rompiendo a su vez la escafandra tubular de vidrio que lo contenía. Los trozos cayeron sobre los tres, produciéndoles leves cortes en los antebrazos o en la cara. Toda la Tardis se zarandeó con violencia, al punto de que Fran y Luis cayeron al suelo y rodaron sin control. El Doctor, agarrado a la palanca de despegue, quedó colgando de ella un momento, y al final esta se desprendió de la mesa con un fuerte chispazo eléctrico. Cayó a un lado, con la palanca aún en su mano derecha. La alzó ante sus ojos, incrédulo, y luego miró a su alrededor. Fran y Luis parecían algo magullados, pero bastante bien, dadas las circunstancias.

La Tardis por fin pudo despegar, abarcando toda la nave ciliada. Desde el espacio, el gigantesco platillo volante se vio sacudido por una silenciosa tormenta de descomunales relámpagos azules, y de súbito se desvaneció como si un manto de oscuridad insondable se materializara sobre su superficie. La gran nave cayó en el sumidero del Vórtice sin control, con parte de su gran contorno estrellándose contra las nubes azuladas de las paredes. En los extremos, se acumulaban haces de relámpagos que incendiaban la aleación metálica de la nave al rojo blanco.

—¡Creo que lo hemos conseguido! —bramó el Doctor, sobreponiéndose al dolor—. Debo destruir ahora el núcleo simbiótico...

—¿Qué es eso? —quiso saber Fran—. ¿Necesitas ayuda?

—No... esto es algo que debo hacer solo... La Tardis, mi vieja amiga... No lo entenderías pero... —el Doctor se incorporó con dificultad, y alzó su mano derecha hacia Fran, indicándole que no se le acercara—. Es algo entre ella y yo, exclusivamente...

Y sin decir más, ni pararse a despedirse, el Doctor empezó a arrastrar los pies con dificultad por uno de los pasillos. Algo le estaba dirigiendo. Una voluntad que no sabía si era la suya. Sabía que quería evitar la infección de aquella cosa, pero al mismo tiempo no quería morir. Sabía que aquella era su última encarnación, y que una vez destruida la Tardis en mitad del Vórtice, él mismo desaparecería para siempre, sin remedio. Sentía una egoísta resistencia a la muerte. No quería morir. Pero la infección estaba en él. ¿Debía detenerla? Sí, ¡tenía que detenerla! Pero... ¿Por qué? ¿Qué le debía al universo? ¿A todos aquellos seres de tantas y tantas especies alienígenas? Muchos ni siquiera sabían que existía, y muchos de los

que lo sabían, le veían como un enemigo, un ser despreciable, una diana con patas envuelta en una cajita de regalo de color azul. Tenía más enemigos de los que era capaz siquiera de imaginar... ¿Por qué darles la satisfacción de desaparecer sin más? La unión hace la fuerza, ¿no? Si no puedes con ellos, únete, ¿no? ¿Por qué no los hacía unirse? ¿Por qué no los hacía unirse con ÉL? ¿Convertirlo todo en él mismo...? Con aquella máquina podía ir a donde quisiera y cuando quisiera. En ese momento se daba cuenta. Sabía todo, o al menos, muchísimas cosas, muchas más de las que nunca había sabido antes. El conocimiento y el poder le habrían abrumado... si semejante ser fuera capaz de sentir algo parecido.

El Doctor se había detenido en mitad de la sala del núcleo simbiótico. La sala era de doradas paredes convexas, abultadas todas ellas con el centro del eje de su diámetro menor orientado hacia el núcleo simbiótico. Este consistía en una complicada máquina rodeada de engranajes circulares que no cesaban de girar rítmicamente, como un complicado mecanismo de reloj. El artefacto, desde la parte superior, ofrecía una celda desde la cual se había cargado, hacía decenas y decenas de siglos (demasiados para contarlos), una cápsula roja de células en estasis del mismo Doctor. Su muestra genética como Señor Del Tiempo, que permitía a la Tardis conectarse con la conciencia de su tripulante...

Pero el Doctor ya no era el Doctor. Su sistema nervioso había sido completamente sustituido en ese mismo momento, de forma gradual pero irrefrenable, acelerado el proceso por las quemaduras en la espalda, apresurándose la cosa en sustituir las células muertas de su huésped. Y lo había hecho justo en ese momento, cuando estaba a punto de extraer el Imprimátur de Rassilon, ocasionando la completa desintegración molecular de ambas naves y de todos sus ocupantes. Pero... ya no iba a hacerlo.

Fran y Luis, sin saber hacer nada más que esperar a que llegara la muerte, se sorprendieron mucho, sin embargo, al notar que la puerta de la Tardis se abría. La ciliada que les había contado lo que pasaba entraba por la puerta. Sus cilios seguían moviéndose de manera natural, aunque las costras parduscas de sus heridas en el pecho y brazo se habían vuelto más pronunciadas y húmedas. Los brazos presentaban quemaduras un poco por debajo de la altura de sus hombros.

—¿Dónde está el piloto de esta cosa?! —preguntó, mientras se encogía para acabar de pasar al interior.

—Se ha ido por allí —Luis señaló hacia el corredor por el que habían visto irse al Doctor—. No quiso que le acompañáramos, dijo que lo de la destrucción de la Tardis era algo que debía hacer solo...

—¡No me sorprende en absoluto! —rugió con su voz pastosa, lanzándose a la carrera por el pasillo que le señaló.

En apenas dos segundos alcanzó la habitación, en mitad de la cual el Doctor daba la espalda a la entrada. La ropa estaba quemada, pero su piel, sin embargo, no presentaba herida alguna. Y tampoco había más vetas de costras negras.

—Veo que has eliminado los nanorobots...

El Doctor, al oír la voz de la ciliada, se volvió.

—Son totalmente inútiles... —le contestó con una media sonrisa—. Supongo que contigo funcionan mejor porque están ideados para tu biología, específicamente. Pero es cuestión de tiempo que te unas...

Hablaba como el auténtico Doctor lo haría, pero sin todo el entusiasmo que le era propio. El Doctor imitado era algo más... contenido.

—Ya no vas a encargarte de la destrucción de las naves, ¿ein? —preguntó la ciliada, con ironía—. ¿Quieres que me encargue yo?

—No —dijo con sequedad el Doctor.

—Ya —repuso la ciliada.

El Doctor, sin previo aviso, abrió por la mitad su torso, una abertura en diagonal desde su hombro izquierdo y hasta la cadera derecha, inclinándose hacia atrás y abriendo hacia la ciliada una gran boca surcada de dientes quitinosos y con varias lenguas tentaculares aleteando. Con las mismas piernas que le pertenecían al Doctor, empezó a correr hacia ella, decidido a morderla en su propio torso. La ciliada, a su vez, cargó en su dirección y se tiró con sus pies por delante, barriendo los del monstruo con una patada al deslizarse que lo desequilibró, y lo hizo caer rodando sobre sus dientes a un lado. Ella se incorporó de inmediato y se acercó hasta el contenedor del Imprimátur de Rassilon. No tenía ni idea de qué era ni cómo se utilizaba, pero tenía claro que si el alienígena había ido hasta allí, tenía que ser lo que destruiría la nave. Miró a su alrededor buscando algo con lo que golpear aquel pesado y complejo instrumento. No había nada.

El monstruo aulló de manera espantosa a su espalda. Se volvió. La mitad superior del cuerpo se retorció aún más y empezó a usar los brazos como piernas, de manera que ya se movía como una araña. La gran boca del torso se retorció entre la carne del alienígena hasta orientarse hacia sus caderas, abriéndose entre las piernas aún más grotescamente. Su aspecto poco tenía ya de humanoide. Se lanzó al trote contra la ciliada, y ella esperó hasta que se apartó en el último momento. La cosa se golpeó contra el contenedor en continuo movimiento del núcleo simbiótico, enredándose algunas de sus lenguas y tentáculos en los pesados engranajes. Pedazos enteros de la criatura empezaron a ser arrancados de cuajo por la impassible máquina, que giraba y giraba, rodaba y rodaba sus numerosos engranajes como si de una picadora de carne se tratara.

Por detrás, la cosa lanzó decenas de delgados tentáculos. Varios manojos alcanzaron a la ciliada en el pecho y alrededor de los brazos, adhiriéndose a su piel y retorciéndole los músculos bajo la dermis de sensibles cilios. Gritó como nunca antes de dolor y rabia, y sabiéndose perdida, se decidió. Empuñó entre sus dedos los tentáculos y corrió contra la criatura. Abrió las manos en el momento de chocar con ella y dejó salir de sus dedos sus naturales uñas retráctiles, negras y afiladas. Empujó en furiosa carga al monstruo contra los engranajes del artefacto, dañándolos con el peso de ambos. Empezó a golpear una y otra vez, desparramando las repugnantes vísceras del monstruo a su alrededor, escarbando en él con sus propias garras mientras su peso sobre él lo hundía contra las partes móviles de aquella maquinaria.

El monstruo rugía de dolor, pero no estaba vencido. Jamás lo estaría de aquella forma. Extrajo de entre sus entrañas heridas varios tentáculos armados con puntas quitinosas afiladas, que se hundieron con la fuerza de disparos en el cuerpo de la ciliada. Ella gimió, sin aire por la lucha y el dolor. La cara del Doctor se alzó desde más allá de lo que quedaba del torso humanoide de la cosa, y la miró. Le guiñó un ojo y le enseñó los blancos y pequeños dientes en una feroz sonrisa. Ella, furiosa, aunando sus últimas fuerzas, levantó su puño derecho y lo dejó caer con toda su fuerza sobre aquel rostro. El golpe lanzó la cabeza hacia atrás y la encajó de dolorosa manera entre los engranajes, haciendo que al fin saltaran de sus ejes varios de ellos; y a estos, como en una reacción en cadena, siguieron otros. La máquina empezó a disparar rayos eléctricos por toda la sala, calcinándolos a ambos, a la ciliada y al



monstruo. Ella vio con alivio llegar a sus ojos el vacío negro absoluto de la muerte, mientras la cosa rugía, aullaba y se zarandeaba, aún ardiendo viva.

La Tardis, en medio de la sala circular del platillo volante, vio cada una de sus moléculas incendiada a la velocidad de la luz, estallando en una suerte de implosión con la fuerza del peso de millones de supernovas. Desapareció de la existencia, y con ella todo lo que contenía. En menos de lo que pueda denominarse una fracción de lo que sea que se considere un instante.

Pero, aunque la Tardis había sido aniquilada, junto con todo rastro de su Señor Del Tiempo, el platillo volante no resultó afectado del mismo modo. El proceso que el Doctor había pretendido poner en marcha no se había llevado a cabo, y la nave ciliada simplemente fue arrojada del Vórtice más o menos intacta... En un momento cualquiera y en un lugar cualquiera de entre todos los que podían darse en el universo.

El platillo volante se materializó en el espacio, en caída libre, atraído por la gravedad de un planeta cualquiera...

La Tierra, hace aproximadamente cien mil años.

FIN